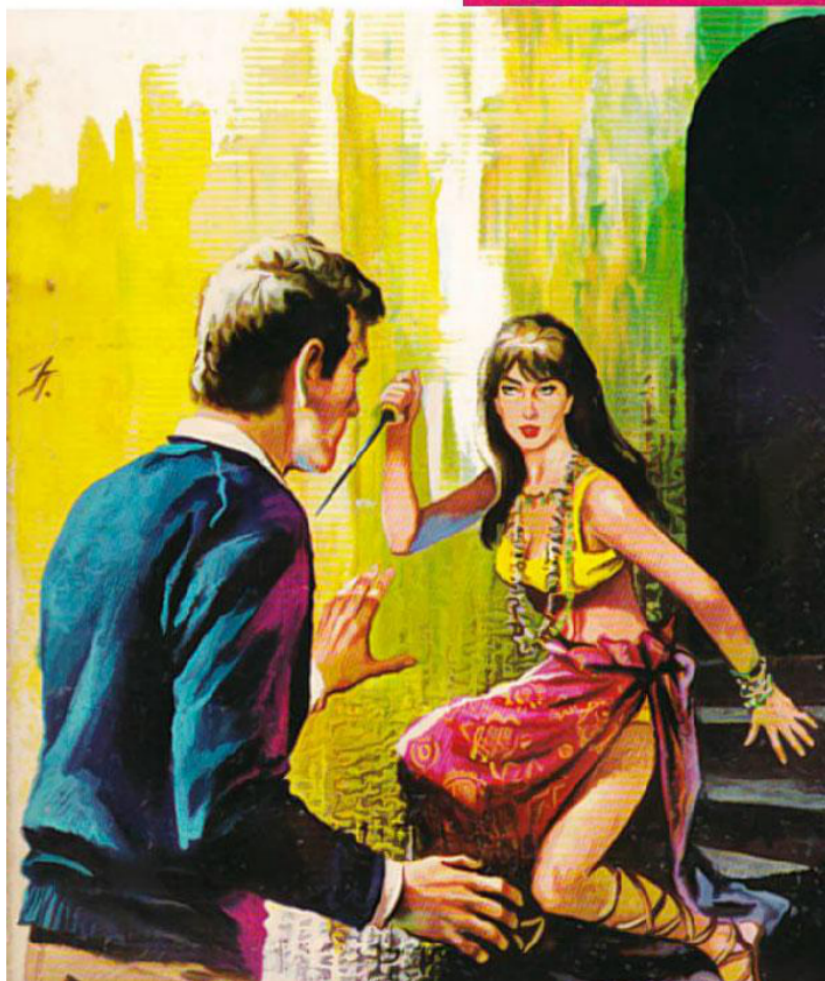




la dama no quiere morir

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

LA DAMA NO QUIERE MORIR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 469

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 6.096 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril, 1971

© KEITH LUGER, 1971
sobre la parte literaria

© TRIAY, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.215 — Una lágrima por un pistolero.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.079 — La novia se manchó de sangre.

En Colección BUFALO:

911 — El Matasiete.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:

667 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

514 — Plomo para un entrometido.

En Colección PUNTO ROJO:

459 — Asesinato de un detective.

En Colección CALIFORNIA:

752 — La historia de Buby, *el Llorón*.

En Colección ASES DEL OESTE:

575 — Cita con el diablo.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

68 — ¡No podréis conmigo!

En Colección BISONTE, SERIE AZUL:

14 — La rubia del látigo.

CAPÍTULO PRIMERO

La primavera tardaba en llegar.

Hacía mucho frío en Nueva York.

Los meteorólogos de tres periódicos pronosticaban que nevaría aquel día. Otros dos decían que el descenso de temperatura no sería suficiente para que nevase. Un sexto se mantenía neutral. Podía nevar o no podía nevar. Era el que tenía más talento.

Yo tengo también talento y por eso quise ser investigador privado. Un error. Un enorme error, hermano. Si tiene talento, no se dedique a investigar al prójimo porque se encontrará con mucha basura. Y eso de tener la nariz con olor a podrido resulta malo.

Llevaba tres semanas sin un cliente. No, ninguna hermosa pelirroja había venido a abanicarme las pestañas. Ninguna rubia atractiva había venido a mi despacho para cruzar los brazos bajo los firmes senos y decirme: «Amor, búsqieme a mi marido y, si no lo encuentra, mejor, porque yo voy a heredar en grande».

No, nada de eso había ocurrido.

Me divertía haciendo un crucigrama. Ni siquiera podía hablar con mi secretaria porque no la tengo. Estaban los tiempos muy malos, por lo menos para mí.

Estaba buscando en mi mente un mamífero pisciforme con seis letras cuando sonó el teléfono.

Estaba esperando una llamada de Tommy, el de la tintorería. Le había llevado dos trajes porque decidí que debía cuidarlos o tendría que ir por la calle en paños menores, con un número a la espalda, ya saben, como uno de esos corredores de Marathón.

—Limpieza urgente, Tommy —ladré por el micro.

—¿Cómo dice?

Desde luego no era la voz de Tommy.

—¿Con quién hablo? —preguntaron desde la otra parte.

—Primero usted.

No le gustó al tipo que estableciese mi prioridad.

—Soy Sean Copper.

—Y yo Rock Anders, investigador privado.

—Quiero concertar una cita con usted, señor Anders.

—Muy bien. Venga a mi oficina.

—No, señor Anders, no puedo ir.

—¿Está impedido?

—No estoy impedido ni tampoco enfermo. Señor Anders, soy el secretario de una persona muy importante.

—¿Quién es la persona importante?

—No puedo decírselo.

—¿Por qué no?

—Por que la persona importante lo ha ordenado así. Usted vendrá a su casa. Un coche lo recogerá dentro de una hora, si acepta.

—¿Qué clase de asunto es?

—Se le explicará aquí.

—Oiga, Copper, ¿por qué cree que tengo una oficina abierta al público? ¿Por qué cree que pago el alquiler y los demás gastos?

—Señor Anders, comprendo su punto de vista, pero también debe comprender que hay circunstancias poco comunes en ciertos asuntos. De todas formas, si usted no aceptase el encargo de la persona en cuyo nombre le hablo, se le pagaría el tiempo perdido.

—Eso me parece correcto.

—¿Está de acuerdo?

—Al menos provisionalmente.

—Dentro de una hora irá por usted un chófer uniformado. Su nombre es Clive Oliver. El lo traerá aquí.

—Muy bien.

—Hasta luego, señor Anders.

Colgó y yo lo hice a continuación.

Hay personas a quienes les gusta rodearse de misterio en sus menores actos. El señor Copper decía que se trataba de algo importante, pero podía no serlo tanto para mí.

De todas formas, perdí el interés por el crucigrama y me puse a leer una novela de Truman Capote, esa que chorrea sangre por todas las páginas. Era una buena novela.

Había transcurrido la hora en punto cuando se abrió la puerta y

apareció el chófer. Era de mediana estatura, moreno, de mejillas chupadas.

—Soy Clive Oliver —anunció.

Vestía traje azul con botones dorados y una gorra de plato. Parecía un almirante después de un golpes revolucionario porque sus ojos eran muy tristes y tenía aire de cansado.

—Vamos —dije.

Eché la llave de mi oficina y salimos a la calle.

El coche era un «Cadillac», doble que mi descapotable.

Ocupé el asiento trasero, en el que podían haber dormido un par de personas holgadamente, y Clive Oliver se puso a correr.

Nos alejamos de la ciudad por el lado oeste, remontando el Hudson.

Salimos de la autopista y corrimos por una carretera no muy ancha.

Ascendimos una loma y luego bajamos.

Vi el Hudson otra vez, ancho, lleno de neblina.

Entramos por un portón de hierro forjado y vi un hermoso jardín. Al fondo estaba la casa. Parecía construida en el estilo centro-europeo. Por un momento, creí que estaba en Suiza y no en Estados Unidos.

Había un lago cuyas aguas surcaban unos cuantos cisnes.

Un hombre me estaba esperando en lo alto de una escalera.

—Soy Sean Copper.

Nos estrechamos la mano.

Lo seguí hasta un enorme salón con muchas estanterías.

Una momia estaba sentada en una silla de ruedas. Supuse que era una mujer porque tenía faldas. En Hollywood habría hecho carrera en las películas de miedo.

Ella movió una pulgada un brazo y comprendí que estaba viva.

De pronto me vino a la memoria un nombre, Doris Johnson. Multimillonaria. Ambiciosa. Arruinadora de fortunas. Astuta. Odiada.

—¿Me conoce, señor Anders?

—Ahora tengo una idea. Usted es Doris Johnson.

—No lo diga como si tratase de morderme.

—Si le divierte, se lo puedo decir sobre patines de ruedas.

El secretario tosió suavemente para indicarme que había

cometido una falta.

La señora Johnson decidió pasar por alto la sentencia.

—Quiero que busque a Tití.

—¿Dónde la perdió?

—Yo no la perdí.

—Entiendo, el chófer se llevó a pasear a la perrita y es el causante de la pérdida.

—Señor Anders. Tití no es una perrita.

—¿Ah, no?

—Es mi nieta.

—Disculpe, señora Johnson.

—Se llama Tatiana. Johnson, naturalmente.

—Se llamará Tatiana Johnson porque su padre sería un Johnson —repuse.

Tampoco le gustó mi aclaración.

—Señor Anders, no me gustan sus comentarios.

—Tengo que hacerlos.

—¿Ha de ser necesariamente sarcástico? Sepa que eso no sirve para ganar dinero.

Sonreí haciendo un gesto afirmativo. Estaba de acuerdo. El sarcasmo se paga muy mal hoy día. Rinde más beneficios la amabilidad, sobre todo con aquellas personas que quieren que sus criados sean amables, aunque para ellos todos los que les rodean son criados. Pero si la momia se creía que yo iba a ser un criado suyo, estaba lista.

—¿Va a buscar a Tatiana, señor Anders?

—Quizá sí, quizá no.

—¿Por qué dice eso?

—Dependerá de lo que haya hecho Tatiana.

—Tatiana no ha hecho nada.

—¿Y por qué se fue?

—Se ha fugado con un hombre.

—¿Cuántos años tiene Tatiana?

—Hace dos meses cumplió los diecisiete.

—Vaya con la niña.

—Tití no es una niña. Sean, enséñale una fotografía.

El secretario estaba preparado y me puso delante la fotografía de Tatiana. De buena gana hubiese presentado mis excusas a la momia,

pero no lo hice para que no se lo creyese demasiado. Tatiana era toda una mujer y qué mujer, hermano. En la foto estaba con bikini y las dos piecitas de tela no alcanzaban a cubrir mucho. Tatiana sonreía, levantada sobre la puntita de los pies. Reconocí el lago con los cisnes al fondo.

—¿Cuándo fue hecha la fotografía?

—Hace dos semanas —me contestó el secretario—. La hice yo.

Por unos instantes me pareció un gato relamiéndose después de beber su plato de leche.

—Señor Anders —llamó mi atención la momia, y esperó a que fijase mis ojos en su arrugado rostro—. Tatiana se ha fugado con un tipo indeseable.

—¿Quién es ése?

—Glen Davis.

—No le conozco.

—Infórmele, señor Copper.

El secretario carraspeó mientras sacaba un cuaderno de notas. Lo abrió por una página determinada y leyó:

—Glen Davis, 28 años, exjugador de *rugby*. Casado y divorciado. Jugó profesionalmente con tres equipos cobrando cien mil dólares en tres temporadas. Vida irregular durante la práctica de su profesión. Detenido dos veces por conducir en estado de embriaguez. Sufrió un accidente de automóvil del que salió con una pierna y tres costillas rotas. Retirado del deporte. Detenido con posterioridad por traficar con drogas. No se le pudo probar y fue absuelto. Últimamente vivía en la calle 62 este, 234 4.º C, de Nueva York. Dueño de un «Ford» descapotable, color rojo.

Ya había terminado.

—Se le olvidó una cosa, señor Copper.

—¿El qué?

—La matrícula del coche.

—No la conocemos, pero teníamos que dejarle algo para usted.

El gato también sabía hacer chistes.

—¿Cuándo desapareció Tití?

—Hace tres días.

—¿El martes?

—Sí, el martes.

—¿Cómo lo notaron?

—Se marchó a mediodía, como siempre, y no regresó a la noche o a la madrugada, como tenía por costumbre.

—¿Hicieron indagaciones?

—Ya las hice —contestó Sean Copper.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Fui a ver a Glen Davis.

—Entonces, usted sabía que él y ella se veían.

—Sí.

—¿Desde cuándo se veían?

—Desde hace un par de meses.

—¿Lo admitió Tití?

—Sí, ella se lo dijo a la señora Johnson.

Miré a la momia.

—¿Qué fue lo que le dijo su nieta, señora Johnson?

—No es asunto suyo.

—Conque no, ¿eh?

—No.

—Entonces tendrá que buscarse a otro investigador.

—Usted hará el trabajo por cinco mil dólares.

—Paga caro.

—Sabía que le gustaría.

—Me gustan sus cinco mil dólares, pero los va a ganar otro investigador. Adiós, señora Johnson, y espero que encuentre pronto a su nietecita.

Me volví para salir.

—¡Espere, señor Anders!

Su voz era enérgica y estaba llena de ira.

—Diga, señora Johnson.

—Tití me dijo que quería casarse con Glen Davis.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Hace un par de semanas.

—Y usted se opuso.

—Naturalmente. Le pregunté a Tití quien era él y me contó su historia.

—¿Le incluyó las detenciones que sufrió Glen Davis?

—No, eso lo silenció. Sólo se refirió a su pasado como jugador de *rugby*. Le pregunté qué hacía ahora Glen Davis y me dijo que no hacía nada. Yo no podía consentir que mi nieta se casase con un

vago. ¿Sabe cuánto heredará mi nieta?

—No tengo ni idea.

—Mil doscientos millones de dólares.

—¿Sin centavos?

—Señor Anderson, me gustan los hombres serios y usted no lo es.

—Entonces, deje que me vaya.

—Me han dicho que es usted bueno, casi el mejor.

—¿Y quién se lo dijo?

—Un viejo periodista retirado que lo conoce a usted. Jerry Hayden.

—Vaya con el viejo Jerry Hayden. Creí que estaba muerto.

—Yo también le conocí. Vive en California desde que se retiró. Le hice una llamada telefónica y le expuse el caso. El señor Hayden me recomendó que lo contratase a usted.

Sonreí. Jerry y yo habíamos pasado muy buenos ratos juntos. Lo había visto por última vez unos cuatro años atrás. No quiso dejarme su dirección porque alegó que las cartas le harían llorar, y él quería seguir conservando su corazón de piedra. Era un viejo zorro y había ganado el premio Pulitzer con unas crónicas en que se metía con los Sindicatos del Crimen a gran escala. Era un valiente y por eso nos habíamos entendido.

Regresé junto a la momia.

—Su nieta desapareció hace tres días, señora Johnson. ¿Qué es lo que ha hecho usted hasta hoy por recuperarla?

—Nada.

—¿Nada?

—Sólo esperar a que Tití comprendiese que había dado un mal paso.

—¿No tiene idea de dónde fueron?

—No.

—Pero usted ya sabrá que no se fueron a Europa porque su secretario se habrá ocupado de ese trabajo.

—Sí.

—Entonces, hicieron algo. Investigaron las líneas aéreas para saber si se habían largado al Viejo Continente.

—Tienen que estar en nuestro país.

—¿Qué hicieron ustedes además de investigar las líneas aéreas?

—Fue lo único que hizo Copper y, como el resultado fue infructuoso, decidí echar mano a un investigador privado.

—¿Soy el primero?

—Lo es.

—No me gustaría que me engañase, señora Johnson.

—No le engaño.

—Voy a aceptar su encargo pero, si en el transcurso de mi trabajo descubro que hay otra persona husmeando en el asunto por orden de usted, me retiraré inmediatamente.

—Señor Anders, tiene usted bastante insolencia.

—Cierto.

—¿Se atreve a desafiarme?

—No la estoy desafiando, señora Johnson. Estamos puntualizando detalles acerca de la misión que usted me quiere confiar.

La momia parecía ir a estallar, pero se calmó un poco.

—¿Cuánto quiere que se le pague por adelantado, señor Anders?

—Mil dólares. Puede que tenga que salir de Nueva York. Si necesito más, la avisaré.

—Copper, entrégale esos mil dólares.

—Sí, señora Johnson.

Sean Copper se fue hacia el fondo de la estancia. Apartó un cuadro y abrió una pequeña caja fuerte.

La señora Johnson hizo un gesto con la mano para llamar mi atención.

—Señor Anders, tiene que llevar el asunto con la máxima discreción.

—Siempre soy discreto con mis clientes.

—No quiero que trascienda a la Prensa.

—Por mí, la Prensa no sabrá nada.

Sean Copper regresó a mi lado y me entregó los mil dólares.

—Le haré un recibo —dije.

—No hace falta —repuso la señora Johnson.

Guardé el dinero y dije a Copper:

—En ese informe que leyó falta algo.

—¿A qué se refiere?

—Me gustaría saber qué lugares frecuentaba Tití.

—Iba mucho al club Ochenta, en la calle 164 este.

—¿Con Glen Davis?

—Debió conocerlo allí.

—¿Qué logró saber cuándo usted fue al club Ochenta y preguntó por Tití y por Glen Davis?

—Ninguno de los empleados sabía nada.

—Necesito que me describan los trajes, zapatos y demás artículos personales que se llevó Tití.

—No se llevó nada.

—¿Ninguna maleta?

—Ninguna maleta. Ni pequeña ni grande.

—¿Fue a la Morgue, señor Copper?

El secretario se quedó sin habla, y la señora Johnson pareció dispuesta a saltar de la silla sobre mi cuello.

Sin embargo, Copper dijo:

—No se lo dije, señora Johnson. También fui a la Morgue. Pero puede estar tranquila. Allí no está Tití.

Era un empleado modelo. Había ido al depósito de cadáveres, pero no se lo había dicho a la vieja porque ella hubiese sufrido un cambio brusco de tensión y eso le podría ser fatal. Quizá a Copper le interesaba que la señora Johnson continuase siendo dueña de los mil doscientos millones de dólares y no Tití.

—Está bien —dije dando por terminada la visita—. La tendré informada, señora Johnson.

—Dese prisa, por favor.

Me pregunté cuántas veces habría pedido las cosas por favor y aposté los mil dólares que llevaba en el bolsillo a que era la primera.

Copper dijo:

—El chófer lo llevará de nuevo a la ciudad.

CAPÍTULO II

Estábamos haciendo el viaje de regreso.

Encendí un cigarrillo.

—Clive —rompí el silencio—, le supongo enterado de todo lo que concierne a la desaparición de Tití.

—No de todo, señor Anderson. Sólo sé que se marchó.

—¿Por qué cree que se marchó?

—El amor, señor Anderson.

—¿Cree que estaba enamorada de Glen Davis?

—¿Por qué no? Davis es un buen tipo.

—¿Lo conocía?

—Lo había visto en el campo, cuando jugaba, y lo hacía bien.

—¿Lo vio después, cuando él y Tití se conocieron?

—Sólo una vez.

—¿En qué circunstancias?

—La señorita Johnson me llamó a la casa una noche. Ella y el señor Davis habían sufrido un pequeño accidente. Ella conducía su descapotable, un coche europeo, y se había estrellado contra un poste. Me pidió que fuese por ellos. Yo llevé este coche al lugar que me dijeron, cerca de Hoboken. Sólo habían sufrido rasguños.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace unos diez o doce días.

—¿Adónde los llevó?

—El señor Davis me dio la dirección de su casa y lo dejé allí.

—¿Y a ella?

—A Tití la traje a la casa de la señora Johnson.

—¿Qué conclusiones sacó usted respecto a las relaciones entre Glen Davis y Tití?

—Ya le he dicho que ella está enamorada.

—¿Y él?

—Un hombre no muestra tan a lo vivo sus sentimientos, sobre

todo cuando se trata de un hombre como Glen Davis, y ella es una chica de diecisiete años. Además, la señorita Johnson es muy impulsiva y el señor Davis no lo es tanto.

—Quiere decir que Tití maneja las riendas del asunto amoroso.

—Es posible que haya querido decir eso.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con la señora Johnson?

—Ocho años.

—¿Casado?

—No.

—¿Satisfecho de su trabajo?

—Claro que lo estoy. No me mato y cobro un buen sueldo.

—Lléveme al club Ochenta.

—Sí, señor Anderson.

Clive Oliver no me había servido de mucha ayuda pero tampoco esperaba demasiado de él. Antes de llegar le pregunté de nuevo.

—¿Dónde cree que han ido, Clive?

—No tengo la menor idea.

Salté del coche.

—Gracias, Clive.

—No le voy a desear suerte.

—¿Por qué no?

—La señorita Johnson quiere a Glen Davis y, si están juntos, debe ser lo importante.

—Entiendo, yo soy el hombre malo que va a acabar con el romance de amor.

—Así veo yo las cosas.

—Lo tendré en cuenta.

Clive se marchó con su «Cadillac» y yo entré en el club Ochenta.

Había mucha gente. El bar era en forma de zig-zag, ondulado.

No había orquesta. La música llegaba por altavoces que debían estar conectados con un magnetófono. Resulta más barato y uno puede oír las mejores orquestas y las mejores voces. Un progreso de nuestro tiempo.

Me senté en un taburete y pedí una tónica con ginebra.

El camarero era un tipo pelirrojo. Le pagué el importe y le enseñé un billete de a cinco dólares.

—Busco a Glen Davis.

—Hace días que no viene.

—Es importante. Y el billete será suyo si me dice quién me puede echar una mano.

El pelirrojo miró hacia la sala y finalmente dijo:

—Allí veo a Rose Crosby. Es amiga de Glen.

Se refería a una mesa en donde estaban dos muchachas y un hombre.

—¿Cuál de ellas es Rose?

—La rubia.

La indicación valía porque la otra era morena.

—¿A qué se dedica Rose?

—Es modelo de fotografías.

—¿Sabe usted algo de Tití Johnson?

—Creo que era la chica de Glen Davis.

—¿Y qué más puede agregar?

—Nada. Yo trabajo aquí para los clientes. Pero no me gusta el chismorreo.

La muchacha morena y el hombre, un tipo muy alto, y con nariz aguileña, se fueron a bailar. Y Rose Crosby quedó a solas. Tomé mi vaso y me dirigí a su mesa.

—Hola, Rose.

Me miró con las cejas enarcadas.

—¿Nos hemos visto antes?

—Soy amigo de Glen Davis. Mi nombre es Rock Anders.

—Tanto gusto, Rock.

Me senté a su lado.

Ella estaba tomando un martini. Cogió con un mondadientes la aceituna y se la puso entre los labios. La saboreó con la punta de la lengua y luego la engulló.

Rose era bonita, con el busto desarrollado.

—Estoy buscando a Glen —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Vete a su casa. Quizá lo encuentres allí.

—En su casa tampoco está.

Rose se echó a reír.

—Es un buen elemento. Seguro que Glen se llevó a Tití.

—¿Y adónde se la llevaría?

—Por el dinero que él tiene tendrían que ir muy cerca. Pero por el dinero que ella tiene, han podido ir a Buenos Aires.

—Demasiado lejos.

—A mí tampoco me llevó a Buenos Aires.

—¿Y adónde te llevó?

—Quieres saber demasiado.

—Ya te he dicho que necesito ver a Glen.

—¿A qué te dedicas?

—A seguros.

—No me digas que Glen te hizo una póliza de vida.

—Es con respecto a su seguro del coche, del «Ford» rojo. Le vencieron las primas, y, si no las paga antes de mañana, la compañía no se hará responsable de lo que le pueda pasar.

Me miró dubitativa. No sabía si le estaba diciendo la verdad.

—La única vez que viajé con él me llevó a Newburgh.

Yo había estado en Newburgh. Era una pequeña ciudad, un poco más arriba de la academia militar de West Point, siguiendo el curso ascendente del Hudson. Newburgh se había puesto de moda entre los artistas. Muchos de ellos escritores, poetas, autores dramáticos, habían instalado sus casas en Newburgh. Estaban fuera de Nueva York y gozaban de las delicias del campo, ya saben, por eso de la contaminación atmosférica.

—¿A qué parte de Newburgh te llevó, Rose?

—Un amigo de Glen tiene allí una cabaña.

—¿Quién es el amigo?

—Max Roberts.

—¿A qué se dedica?

—Es un pintor, aunque yo no lo conocí. Max le había dado las llaves a Glen. Sólo estuvimos en la cabaña un día.

—¿Dónde podré encontrar la cabaña?

—Saliendo de Newburgh hacia Beacon, hay una estación de servicio. Allí se inicia un camino a la izquierda que va a dar a una colina. La cabaña de Roberts es una de ellas, pero no te puedo decir cuál.

—Gracias por todo.

Me levanté.

—Oye, Rock —dijo Rose—. Si ves a Glen Davis dale un recado de mi parte.

—Lo haré con mucho gusto.

—Dile que es un canalla.

—¿Puedo preguntar por qué es un canalla?

—Cariño, yo sé que lo es, y basta.

Fui a por mi coche a la oficina y me puse en camino de Newburgh.

Me detuve para comer un sandwich con una cerveza y seguí el viaje.

Hice la segunda parada en la estación de servicio a la que se había referido Rose.

Pedí que llenasen el tanque y, mientras lo hacían, pregunté al mozo, un muchacho con acné juvenil, dónde estaba la cabaña de Max Roberts.

Acerté porque me lo dijo.

Poco después llegué a mi destino. La cabaña tenía un jardín y una cochera. Las puertas de la cochera estaban abiertas y vi un «Ford» rojo. También había una pequeña piscina y oí voces, pero un seto me impedía ver a las personas que se estuviesen bañando.

Empujé una cancela y entré en el jardín.

Tatiana Johnson lucía su hermoso cuerpo con otro bikini. Estaba en el borde de la piscina y ahora se arrojó de cabeza al agua.

Cuando reapareció gritó al hombre que estaba de pie, junto a la piscina.

—Salta, cobarde.

—Está muy fría.

—Está tibia, Glen. Te lo juro.

Ya tenía allí a los palomitos y me dirigí hacia ellos como un cazador listo para echar mano a las piezas.

Fue Tití quien me descubrió.

—Eh, Glen, tenemos visitantes.

Glen Davis me observó. Era un tipo con aspecto de atleta, un poco más alto que yo. Tenía la nariz un poco torcida, quizá un recuerdo de su vida como profesional de *rugby*. Llevaba *shorts*.

Detrás de Glen había una mesa con dos sillones. Sobre la mesa descansaba una botella de *whisky*, dos vasos y un cacharro con cubitos de hielo.

—Hola —saludé.

—Si viene a recaudar algo, el dueño no está —me respondió Glen.

—Vengo por Tití.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Soy Rock Anders, investigador privado.

—Un reptil.

Me apreté el puente de la nariz.

—No busque dificultades, Glen. Ella es una menor, y si la señora Johnson quisiera encerrarlo, usted se iba a pasar una buena temporada en la fresquera.

Glen se echó a reír.

—¿Estás oyendo, Tití?

—No me pierdo una palabra.

Tatiana seguía en el agua, moviendo las piernas y brazos para poder flotar.

Glen se volvió hacia la mesa y cogió su vaso de *whisky*. Bebió un largo trago y después de chasquear la lengua, preguntó:

—¿Cómo dio con nosotros, sabueso?

—Es mi profesión. Dar con la gente que se esconde.

—Conque sí, ¿eh? Pues escuche, sabelotodo. Se va a largar.

—Con Tití.

—¡Sin ella!

—¿Por qué no deja que decida Tití?

—Oye, bastardo —dijo la chica—. No me gusta que tú me llames Tití. Para ti soy Tatiana.

—De acuerdo, Tatiana. Vístete y vámonos.

—Perdiste el tiempo, bastardo. Yo no me voy.

—¿Así están las cosas?

—Así están las cosas.

Glen se echó a reír.

—Ya lo oyó, sabelotodo. Dele la vuelta al trasero y lárguese.

Yo no me moví.

Tití se acercó al borde de la piscina y subió.

Era alta, bien formada desde la cabeza hasta la punta de los pies. Tenía el estómago de un muchacho, los senos de una mujer de veinticinco años y las piernas largas de una bailarina. Todo de la mejor clase. Mil doscientos millones de dólares habían hecho falta para producir aquella cosa tan perfecta. Sus ojos eran verdes, grandes y muy rasgados, la nariz recta y la boca como una cuchillada, de labios muy rojos. Su piel tenía el color del caramelo.

Glen Davis sabía elegir la mercancía, el muy canalla, como lo

había nombrado Rose.

Tití cogió una toalla de la silla y empezó a secarse el cabello. Me estaba mirando como si yo fuese un pájaro raro.

—¿Todavía no se va? —Gruñó.

—Estoy esperando que se decida a acompañarme.

—Eso no va a ocurrir ni en veinte años.

—Muy bien. Me quedaré.

Pasé por el lado de Glen y ocupé una silla.

Di un suspiro mientras sacaba el paquete de cigarrillos. Encendí y expulsé el humo.

—¿Hay cama para mí? —dije.

Los dos me miraron con furia.

—Sólo hay una —respondió Glen.

—¿Una nada más?

—Y un sofá.

—¿Quién de ustedes dos duerme en el sofá? —pregunté con aire ingenuo.

—Yo —contestó Glen Davis.

—Pues búsquese otro lugar porque yo voy a dormir en el sofá.

Sólo trataba de exaltarlo y lo conseguí.

—Si no sale ahora mismo de aquí, le rompo la cara, Anders.

Me toqué la cara.

—No puedo consentir que me la rompan. Me hace falta.

—Ahora verá.

Se vino hacia mí con la idea de romperme la cara y algo más. Lo dejé llegar muy cerca y le solté un derechazo en el estómago.

Fue algo digno de ver. Se arrugó como un traje barato.

Cayó de rodillas delante de mí, como si fuese a orar hacia la Meca, y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Le sacudí un dedo delante de la cara.

—Eso te pasa por ser malo, Glen.

—Hijo de perra —dijo Tití.

Seguía estando muy mona, pero me gustó menos que antes porque tenía un punzón en la mano. Debía de haber estado en el cacharro del hielo.

—Deja eso, Tití.

—Te lo voy a dejar metido en las costillas.

—¿Por qué enfadarse, nena? Yo sólo vine aquí por hacerte un

favor.

—Tú eres un esbirro de mi abuela y estás trabajando para ella.

—Sí, eso es cierto, tu abuela me contrató.

—Voy a hacer que te arrepientas de haberte contratado con ella, hijo de perra.

Se lanzó sobre mí con el punzón levantado, los ojos llenos de furia y yo me dije: «Rock, si no te das prisa, te van a clavar como a una mariposa».

CAPÍTULO III

Me aparté a tiempo y el punzón se clavó en el respaldo de la silla.

Luego sujeté el brazo armado de Tatiana, y ella quedó encima de mí, rozándome con sus senos.

—¿Ya estás satisfecha, Tití?

—Todavía no —dijo y me pegó un zarpazo con la mano izquierda.

Sentí como sus uñas me rasgaban la mejilla.

Nunca he soportado que una mujer me arañe y le solté una bofetada.

Tití cayó hacia atrás, sobre sus nalguitas.

Glen había reaccionado y ya no lloraba. Trató de golpearme.

—Me estáis cansando, niños —dijo soltándole un puñetazo en el hígado, para variar.

Otra vez se quedó sin respiración. Estaba muy mal de pulmones y es que el chico abusaba de la bebida.

Le casqué la mandíbula para que me dejase en paz y cayó en el agua.

Tití vino corriendo hacia mí y se lanzó de cabeza.

Logró un pleno porque me pegó un testarazo en el pecho. Los dos rodamos por la yerba.

Ella era muy rápida. Se levantó y corrió a la silla en busca del punzón. Logró sacarlo de la lona.

Yo ya estaba en pie y no fui detrás de ella porque había adivinado sus intenciones y sé que, en la refriega de dos personas por apoderarse de un arma, una de ellas puede resultar herida, e incluso muerta.

—Nena, deja el cortauñas.

—Te voy a sacar las tripas, bastardo.

—Oye, ¿no aprendiste otra forma de hablar?

—Sí, claro.

—Pues cambia de disco.

—Te voy a secar los riñones, hijo de perra.

—Eso no es una carriación.

Dio un salto y movió el punzón con mucha rapidez.

Cambié de sitio en el momento oportuno para impedir que me pinchase el riñón.

—Glen se está ahogando —dije.

Miró hacia Glen y cayó en la trampa. Glen había subido a la yerba y estaba tendido, tratando de recuperar el resuello. Pero la bella Tatiana perdió unos segundos y fueron suficientes para que yo saltase, me apoderase de su muñeca armada, hiciese palanca sobre mi hombro y la voltease.

Tití voló y rodó por la yerba. Cuando quedó quieta, estaba casi inconsciente.

Glen quiso levantarse, pero se lo impedí atrapándole por el cabello.

—Glen —le dije—, no tengo nada contra Romeo y Julieta, y por mí os podéis amar hasta que la muerte os separe. Pero haremos un arreglo. Yo llevo a Tití a su abuela y termino mi trabajo. Os doy mi palabra de que si os volvéis a fugar, nunca volveré a aceptar a la señora Johnson como cliente.

—Por mí, vale.

Lo solté y giré hacia Tití. Ella se estaba levantando.

—¿Oíste, nena?

—No oigo porquerías.

Glen Davis se acercó a ella.

—Se ha puesto en razón. Dice que te llevará a tu casa y que, por él, nos podemos largar cuando queramos. No volverá a perseguirnos.

Tití respiraba entrecortadamente y me observó con atención.

—¿Es eso cierto, bastardo?

—Le he dado mi palabra a Glen.

—No te creo.

—Es asunto tuyo, pero yo soy investigador privado y no me gustan estos asuntos. Lo acepté porque pensé que tú podrías estar en peligro. Ya sabes, un secuestro o una cosa parecida. Pero, si no hay nada de eso, con mi entrega en tu casa, he terminado.

—Está bien. Iré contigo.

—Buena chica.

—No me digas eso, bastardo.

—Como tú quieras, mala chica.

Se fue a la casa.

Glen se sentó en una silla y se echó *whisky* en el vaso.

—¿Un trago? —dijo.

Cogí el vaso de Tití para que escanciase.

Después de beber dijo:

—Una pregunta, Glen, ¿os casasteis?

—Esas cosas son difíciles cuando uno quiere casarse con una menor y ella se llama Tatiana Johnson.

—Entonces, ¿por qué fue la fuga?

—Porque estábamos aburridos y nos queremos.

—¿Dónde está el dueño de la casa, ese pintor, Max Roberts?

—Max se marchó a Cleveland. Expone allí sus cuadros. No volverá en un par de semanas.

Guardamos un silencio. Podía preguntarle de dónde sacaba el dinero, pero habría sido ingenuo. El dinero que gastaba era dinero de Tití. Eso estaba claro. Pero yo quería terminar cuanto antes aquel endemoniado asunto. Había sentido un poco de intriga, pero ésta ya había desaparecido porque los había encontrado muy pronto en su nido.

Tatiana Johnson salió de la casa.

—Vámonos, Glen.

—El no —dije.

Estaba muy mona con un vestido rojo, de manga larga y minifaldero. A mí no me gustaba la maxi ni la midi ni a ella tampoco.

—¿Quién te crees que eres, sabueso? —dijo Tatiana—. Glen viene con nosotros.

—Y yo he dicho que no.

—¿Por qué no?

—Quiero terminar mi negocio a mi manera. Iremos directamente a casa de tu abuela, te entrego y se acabó. Viajaremos solos.

Tití fue a protestar de nuevo, pero Glen intervino:

—Está bien como él dice, Tití. Es preferible que os vayáis solos.

Tití titubeó unos instantes y finalmente hizo un gesto afirmativo.

—¿Cuándo nos veremos, Glen?

—Te llamaré a casa.

—Pregunté cuándo.

—Esta tarde.

Me levanté de la silla y dejé el vaso en la mesa.

—Larguémonos cuanto antes —dije.

—¿No me vas a dejar que le dé el besito a Romeo? —dijo

Tatiana.

—Adelante, pero me pondré de espaldas. Me ruborizo mucho.

Caminé hacia la salida del jardín. Al llegar allí me detuve y miré atrás.

Se estaban besando y Tití lo hacía con más entusiasmo que él. Ella me estaba mirando por el rabillo del ojo. Había esperado que me volviese para alargar la escena.

Por fin se apartó de Glen y vino conmigo. Nos metimos en el coche y lo puse en marcha sin que ella dijese nada.

Viajamos un rato en silencio.

—¿Cuándo perdiste a tus padres, Tití?

—¿Cómo sabes que los perdí?

—Por tu forma de hablar.

—Ellos murieron cuando yo tenía tres años.

—Y desde entonces has estado con la abuela.

—La bruja.

—¿Tienes derecho a llamarla así?

—Claro que tengo derecho.

—¿Por qué?

—¿Qué culpa tengo yo de que sea una bruja?

—He leído y oído muchas cosas de ella.

—Fue una mujer despiadada. Arruinó a mucha gente. ¿Para qué? Para ganar dinero y más dinero.

—Mil doscientos millones.

—Puede que tenga más.

—Tú los heredarás.

—Yo me moriré antes.

—Ella tiene muchos años.

—Ochenta y cuatro. Pero seguirá viviendo otros ochenta y cuatro.

—Creo que no se ha inventado nada para lograr eso.

—Boris Johnson es una bruja y las brujas no mueren.

—Estoy seguro de que también a ellas las entierran.

—Tú no conoces a mi abuela. Ella no quiere morir.

—Cuando le llegue la hora no le valdrá de nada su voluntad. La muerte no respeta los deseos de nadie, ni siquiera los de una dama con mil doscientos millones. Es el consuelo de los pobres.

Se había quedado pensativa. Al cabo de un rato dijo:

—Alguien la tiene que matar. Sólo así morirá.

—Oye, deja de pensar en eso.

Me miró y se echó a reír.

Ya no hablamos en el resto del viaje.

Entramos en la gran mansión y fuimos conducidos al salón que yo conocía.

Doris Johnson estaba en su silla de ruedas.

No demostró ninguna alegría al ver a Tití. Su cara continuó siendo la de una momia.

—Hola, abuelita —la saludó Tití, pero había más odio que afecto en sus palabras.

Se sirvió un vaso de *whisky* y se dejó caer en un sillón. Levantó las piernas por el brazo, dejándolas al descubierto completamente.

—Tití —dijo la señora Johnson—, no creo que esa sea la posición más adecuada. Aquí hay un hombre.

—Nos hicimos amigos, abuelita. Y apuesto a que el señor Anders no se escandaliza por verme las piernas.

La señora Johnson me observó fijamente.

—¿Estaba con él?

—Sí.

—¿Dónde?

—En Newburgh.

—¿Qué estaban haciendo allí?

—Se bañaban.

—No me refería al momento en que usted llegó, señor Anders.

—Oiga, no me interesó saber lo que hicieron antes de que yo llegase. Usted me contrató para que le trajese a su nieta. Ahí la tiene. Por mí, el caso está terminado.

De buena gana me hubiese pegado una dentellada en la yugular, pero le habría costado un poco de trabajo. En lugar de eso, tocó el

timbre que estaba en el brazo de la silla.

Copper apareció en la estancia.

—Sean —dijo la señora Johnson—, entrega al señor Anders los cuatro mil dólares restantes.

Tití encanuló los labios y lanzó un silbido.

—Eh, bastardo, ganó mucho dinero a mi costa.

—La vida, Tití, la vida —repuse.

Sean Copper manipuló en la caja fuerte y sacó algunos fajos de billetes que me entregó.

—Cuéntelos —dijo.

Los hice desaparecer, sin contarlos, en un bolsillo interior.

—Hasta la vista, señor Anders —dijo la momia.

—Hasta nunca, señora Johnson.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no quiero saber nada de su familia.

Ésta es la primera y última vez que trabajo para usted. Si tiene otro problema, busque otro investigador.

Me dirigí hacia la puerta y entonces Tití dijo:

—Bravo, campeón.

No me volví para saludar.

CAPÍTULO IV

Habían pasado seis días.

Por fin estaba nevando en Nueva York.

No había tenido otro caso después del que me encargó la señora Johnson. Pero había ganado dinero para unos cuantos meses y no me importaba.

Estaba sentado ante mi mesa, echando una ojeada a un impreso sobre lo hermoso que era el invierno en Miami. Hermosas playas, hermosas chicas patinando en el agua, y hermosos peces-espada pescados por tipos que parecían actores de Hollywood.

Quizá me vendría bien un cambio de aires.

Decidí llamar a la agencia de viajes y encargar un boleto para Miami. Unas semanas en la costa de Florida siempre es bueno.

Pero antes de que tocase el auricular, el timbre del teléfono sonó.

—Rock Anders, investigador privado —dije por el micro.

—Señor Anders, soy Copper. Sean Copper, el secretario de la señora Johnson.

—Amigo, no continúe. No estoy en mi oficina. Ya voy camino de Miami.

—Señor Anders, la han asesinado.

Me quedé de muestra.

—¿A quién han asesinado?

—A la señora Johnson.

Durante unos segundos pasaron por mi mente dos frases que Tití había dedicado a su abuela: «Alguien la tiene que matar. Sólo así morirá».

—¿Cómo pasó?

—La estrangularon.

—¿Con las manos?

—Con una bufanda.

Estaba seguro de que conocía la respuesta, pero le hice la pregunta.

—¿De quién es la bufanda?

—De Tatiana.

—¿Cuándo descubrieron el cadáver?

—Hace quince minutos.

—¿Quién lo descubrió?

—Yo.

—¿Dónde está Tití?

—Se marchó.

—¿Cuándo se marchó?

—Esta mañana.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¿Ha llamado a la policía?

—Sí. Espero que lleguen de un momento a otro.

—¿Por qué me ha llamado, Copper?

—Ella lo quiso.

—¿Ella?

—La señora Johnson.

—Explique eso.

—Me lo dijo ayer por la tarde. Me estaba dictando la correspondencia y de pronto se detuvo y dijo: «Sean, si me pasa algo, avisa al señor Anders».

—Así que pensaba que la podrían matar.

—Eso parece.

—¿No le preguntó usted por qué le decía tal cosa?

—Se lo pregunté y ella me contestó que me metiese en mis asuntos.

—Volvamos al día en que yo dejé a Tatiana en la casa. Dígame, Copper, ¿se volvió a fugar ella?

—No.

—¿Qué clase de vida hizo Tatiana durante los últimos seis días?

—Entró y salió normalmente.

—¿Qué entiende usted por normalmente?

—Quiero decir que se marchaba por la mañana y no regresaba hasta la noche o la madrugada.

—¿Mejoraron las relaciones entre la señora Johnson y Tatiana?

—Yo no diría eso. Verá, señor Anders. Hace unos días sorprendí una conversación entre la señora Johnson y Tatiana. Ocurrió por la mañana en la terraza, durante el desayuno. Ese día Tatiana se había levantado antes.

—¿Qué clase de conversación oyó?

—Cuando yo entré en la terraza, Tatiana estaba diciendo: «Quiero que te mueras, abuela, y eso va a ocurrir muy pronto. Te veré muerta, abuela». Luego se marchó.

—No diga eso a la policía.

—Tengo que decirlo, señor Anders.

—Oiga, Copper, cuando se discute acaloradamente, se dicen cosas que no se deben tomar al pie de la letra.

—Admito que tiene usted razón, pero tenga en cuenta que ellas dos no se llevaban nada bien, y la señora Johnson ha sido estrangulada con una bufanda de Tatiana.

—Sólo es una prueba circunstancial. Y si usted declara en contra de Tatiana, la va a meter en un avispero.

—Lo siento, señor Anders, pero no soy la única persona en la casa. Quiero decir que hay un mayordomo, un chófer y dos criadas que están al corriente de las malas relaciones que existían entre la señora Johnson y Tatiana. A ellos no les resulta nada simpática la señorita Tatiana. Y aunque dirán la verdad, dejarán en muy mal lugar a Tatiana. ¿Por qué no viene usted por aquí?

—Está bien. Iré.

Colgué y me quedé pensativo. Los de la Brigada de Homicidios me habían tomado ventaja y no hacía falta que me diese mucha prisa.

Yo había dicho a la señora Johnson que se olvidase de mí, que no intervendría en otro caso relacionado con la familia Johnson. Ahora a ella la habían matado, y dejó dicho a su secretario que me avisase si le pasaba algo. Y le había pasado lo peor que le puede pasar a un ser humano. Le habían quitado la vida.

CAPÍTULO V

El teniente de la Brigada de Homicidios, Cliff Dixon, era alto, regordete. Su cara era la de un tipo al que perpetuamente le estuviesen pisando el pie. Rezumaba amargura por todos sus poros.

Un policía que había encontrado en la puerta de la casa me llevó ante la presencia de Dixon, al salón.

Un humeante cigarrillo colgaba de los labios del teniente Dixon, mientras me observaba de pies a cabeza.

El agente le había dicho quién era yo y cuál era mi profesión.

Se quitó el cigarrillo de los labios y entonces dije:

—No escupa, teniente. La alfombra es muy cara.

Arrugó la nariz y rio sin ganas.

—Oigan al payaso. Muchachos, no se lo pierdan. Y es gratis.

Con el teniente había otros dos policías que estaban husmeando en la mesa, en los cajones. Apenas me dedicaron una mirada y continuaron su trabajo.

El teniente me señaló la cara, casi tocándome la nariz con el dedo.

—¿Qué hace aquí?

—No me invitaron a un baile.

—No se haga el gracioso o lo arrojó por la ventana.

—De acuerdo, teniente. Empiece las preguntas.

—¿Por qué vino aquí?

—Soy amigo de la familia.

—¿Quién lo avisó?

—El señor Copper. ¿Dónde está?

—El señor Copper está siendo interrogado por el sargento Holmes. Continuemos con usted, Anders. ¿Por qué era amigo de la familia?

—Teniente, un investigador puede tener amigos. ¿O cree que no tiene derecho?

—¿Qué ha venido a buscar?

—Pregunte a Copper.

—Ya le pregunté a Copper, y me informó que la señora Johnson había pensado en usted para el caso de que le pasase algo malo.

—Si lo sabe, ¿a qué viene el interrogatorio?

—Usted sabía que ella iba a morir.

—Yo no lo sabía.

—¿Por qué lo sabía la señora Johnson?

—¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Oigan otra vez al payaso. Es gratis, muchachos.

Dio una chupada al cigarrillo y, después de expulsar el humo, fue a arrojar la colilla sobre la alfombra.

Le hice un gesto negativo mientras chasqueaba la lengua.

Soltó una maldición, pero se fue a la mesa y aplastó en un cenicero la colilla. Luego se volvió hacia mí.

—¿Dónde está, Anders?

—¿Dónde está qué cosa?

—Ella.

—¿Quién es ella?

—Tatiana Johnson.

Me miré el bolsillo derecho y después el izquierdo.

—Yo no la tengo... Oigan, al gracioso. Es gratis.

Sus dos esbirros se echaron a reír y el teniente Dixon se puso rojo como una cereza.

—Sigan trabajando, muchachos —ladró.

Luego me apuntó otra vez con el dedo.

—Deje de apuntarme así o le muerdo, teniente.

Bajó el brazo. Estaba muy enfadado conmigo.

—¡No quiero verlo por aquí, Anders!

—Quiero hablar con Copper.

—No puede hablar con Copper porque nosotros estamos hablando con él.

—¿A qué hora murió la señora Johnson?

—No lo sabemos todavía.

—¿Habrà alguna orden de detención?

—Sí, talento, habrá una orden de detención y también le diré el nombre de la persona que vamos a detener. Tatiana Johnson. ¿Algo que objetar?

—Usted es el que lleva el caso.

—Pues no se le olvide.

—¿Me puedo marchar?

—Se puede marchar, pero no quiero verlo más. Salí de la casa sin haber podido hablar con Copper, que era mi objetivo, y sin saber más cosas referentes a la señora Johnson y su muerte.

CAPÍTULO VI

Oprimí el timbre y esperé un minuto.

Glen me abrió la puerta. Se extrañó al verme. No le dije nada y me metí en el apartamento.

—Eh, ¿adónde va? —rezongó.

—Cierra la puerta.

Cerró la puerta y se volvió con el ceño fruncido.

—¿Y ahora qué?

—¿Dónde está Tatiana?

—En su casa.

—No está en su casa.

—Entonces, de un momento a otro llegará aquí.

—¿Estás citado con ella?

—Sí:

—¿A qué hora?

Consultó el reloj.

—Acordamos que nos reuniríamos aquí a las once. Cuando sonó el timbre creí que era ella. Entré en un dormitorio.

Glen gritó:

—Eh, ¿qué hace usted?

La cama estaba deshecha. Había un cuarto de baño y entré en él. Aparté las cortinas de plástico del baño. No vi a nadie.

Glen llegó detrás.

—¿Qué infiernos busca?

—A Tatiana.

—¡Ya le dije que no está aquí!

Volvimos al *living*.

—¿Qué pasa, señor Anders?

—¿No lo sabes?

—¿Qué es lo que tengo que saber?

Yo estaba observando fijamente su rostro para saber si me

engañaba.

—Asesinaron a Doris Johnson.

Permaneció cómo estaba. Sin moverse. Sus ojos se agrandaron un poco y sus labios se entreabrieron. Soltó un gruñido y luego se frotó la nuca con la mano derecha. Si me engañaba era un buen actor.

—Muerta —dijo con voz hueca.

—La estrangularon.

—¡Dios mío!

—Con una bufanda de Tatiana.

—No pensará usted...

—Tatiana desapareció de la casa y, poco después, Copper encontró a la señora Johnson muerta.

Dio unos pasos por el *living*.

—No... No puede ser... Tatiana no lo hizo... Ella no la ha matado.

—La semana pasada, cuando regresábamos de Newburgh, Tití se refirió a eso. Que alguien la tenía que matar y Copper la oyó decir algo más. Que la quería ver muerta y eso iba a ocurrir muy pronto.

—¡Estoy seguro de que Copper miente!

—¿Por qué iba a mentir?

—Porque es un sapo.

—Eso no me sirve.

—¿No ha conocido a Copper?

—Sí.

—Es un tipo repugnante. Siempre iba detrás de la señora Johnson para tratar de sacarle lo que pudiese. Seguro que en el testamento lo habrá dejado arreglado.

—¿Qué sabes de ese testamento, Glen?

—Nada.

—¿No te habló Tatiana del testamento?

—¿Por qué iba a hablarme de él?

—Te he hecho una pregunta.

—¡No, maldita sea! ¡No me habló nunca del testamento!

—Claro, había una razón. Tatiana era la única nieta. Ella se lo llevaría todo.

—Oiga, Anders, Tatiana era la nieta de Doris Johnson, y eso no lo podía cambiar nadie. Tenía que heredarla.

—No la heredaré si la mató.

—Tatiana no pudo matarla.

—La policía no tendrá en cuenta lo que tú pienses de la chica.

—Tendrán que probar el crimen.

—Me temo que lo van a probar.

—¿De qué forma?

—La bufanda es de ella. Pasó la noche en la casa y esta mañana se largó. Y apuesto a que no aparece hasta que la policía la atrape.
¿Quieres más?

Paseó otra vez por la estancia.

Yo consulté el reloj.

—Son las once.

—Se puede haber retrasado —gruñó.

—¿Dónde?

—Y yo qué sé.

—¿Tienes café?

—Sí. En la cocina.

Me indicó la cocina y fui hacia allí.

—¿Quieres una taza?

—No, el café me pondría más nervioso.

Bebí una taza de café y, como tuve que hacerlo, pasaron diez minutos.

Sonó el teléfono.

Salí de la cocina. Glen ya había descolgado.

—¿Sí?

Noté por el gesto de su cara que era Tatiana.

—Hola, señor Smith —dijo él.

Caminé rápidamente.

—Dame ese micro, Glen.

—Apártese.

—No seas estúpido. Quiero hablar con ella.

Me quiso apartar y le pegué un puñetazo en el estómago.

Soltó un chillido y retrocedió. El teléfono golpeó contra la alfombra y lo cogí.

—Tatiana.

—Hola, bastardo.

—¿Dónde estás?

—¿A usted qué le importa?

—Me importa mucho porque la policía ya está corriendo detrás de ti.

—Caramba, igual que cuando era niña.

—¿Eh?

—Jugaba a policías y ladrones, y resultaba un juego muy divertido.

—Esta vez no te va a resultar tan divertido porque no es un juego.

—Que me atrapen si pueden.

—¿La estrangulaste tú?

—No se oye, bastardo.

—¿Mataste a tu abuela?

—Hay una interferencia. Parece que estás en Tokio.

—La que está en el Japón eres tú, porque te estás haciendo el harakiri.

De pronto me golpearon por detrás. Me había confiado con Glen.

Los objetos de la habitación giraron vertiginosamente y me desplomé.

Estuve un rato sin conocimiento y, cuando desperté, vi delante de mis ojos la cara del teniente Cliff Dixon.

—¿Qué tal, Anders? ¿Se está bien en el limbo?

Tenía un terrible dolor de cabeza, como si me estuviesen machacando los sesos con una batidora.

Me habían puesto en un sofá. Los policías son muy delicados.

Con el teniente estaba otro de la misma especie.

—Es el sargento Holmes —dijo Dixon.

El teniente tenía un cigarrillo en los labios y me estaba echando el humo a la cara.

—¡No me largue su apestoso humo! —gemí.

—Oh, perdone, señor Anders... Cuánto lo siento, señor Anders.

—Y de pronto rugió—: ¡Por qué dejó escapar a Tatiana Johnson!

—No la dejé escapar porque no estaba aquí.

—Pero estaba su amiguito, Glen Davis.

—Sí.

—Y fue quien le golpeó.

—Sí.

—Porque es un cómplice de ella.

—No tuve tiempo de preguntárselo.

—Anders, ya ha obstruido la justicia.

—No diga tonterías, teniente.

—Lo puedo detener.

—Mi mamaíta se pondría muy triste.

—¿Qué habló con Glen Davis?

—No llegué a hablar nada.

—De modo que entró aquí y enseguida él le golpeó.

—Sí.

—¿Cómo sabe que no estaba ella?

—Glen me lo dijo.

—Es un ingenuo, señor Anders. Tatiana Johnson estaba escondida en el dormitorio. Glen Davis lo golpeó a usted, y luego se fueron juntos.

—Como usted quiera, teniente.

—Si se hubiese estado quieto, nosotros los habríamos podido cazar. ¿Quiere hacerme un favor, Anders?

—Diga.

—¡Lárguese!

Me levanté y caminé con paso indeciso hacia la puerta.

—¡Anders!

Me apoyé en la pared para poder volver la cabeza.

—Acepte un consejo, muchacho. Deje que la policía cumpla con su deber y salga del lío... Sabemos bien que la chica estranguló a su abuela.

—¿La bufanda?

—Algo más que la bufanda.

—¿La declaración de Copper?

—Algo más que la declaración de Copper.

—¿Qué cosa tiene contra ella?... Ande, teniente, saque el naipe de la manga.

—¿Por qué había de hacerlo?

—Me gustan los juegos de prestidigitación, a condición de que se hagan con limpieza.

Le irritaron mis palabras y era lo que yo pretendía.

—Muy bien, Anders, le voy a enseñar el naipe.

—Perdone que no tenga un tambor para hacerlo sonar.

Era lo que le faltaba para que abriese la válvula de escape.

—Anoche la señora Johnson y su nieta discutieron.

—¿Y por qué fue la discusión?

—Por su matrimonio.

—¿El de la señora Johnson o el de su nieta?

—¿Más chistes?

—De acuerdo. ¿Con quién se quería casar Tatiana?

—Con Glen Davis.

—¿Y qué, si ella lo quiere?

—Da la casualidad de que la señora Johnson dijo que no consentiría que Tatiana se casase con Glen Davis.

—¿Nada más?

—Tatiana insistió en que se casaría con Glen Davis, y entonces la señora Johnson dijo que la desheredaría. Tatiana no se echó atrás y la señora Johnson dijo que al día siguiente, o sea hoy, ordenaría a su abogado, Alex Bannister, que hiciese un nuevo testamento. En él le dejaría a Tatiana sólo medio millón de dólares.

—¿Medio millón de mil doscientos millones?

—Así es. —Dixon se relamió—. Tatiana mató a su abuela antes de que pudiese cambiar el testamento.

—Una pregunta, teniente. ¿Quién le habló de esa conversación entre la señora Johnson y su nieta?

—Una criada.

—¿Cómo se llama la criada?

—Bárbara Kramer.

—¿Y dónde estaba Bárbara Kramer para escuchar una conversación tan privada?

—Detrás de la puerta.

—Vaya, como en los folletines.

—Ya ha visto el naípe.

—Ya lo he visto, pero no lo sacó con limpieza.

—¿Qué quiere decir?

—Que todo eso no sirve para nada.

—¿Usted cree, Anders? Le apuesto doble contra sencillo a que el fiscal del distrito no opina lo mismo. El tendrá bastante para hacer que condenen a Tatiana.

—Hay una contradicción.

—¿Ya vio una contradicción?

—Claro.

—¿Cuál?

—Supongamos que lo que oyó Bárbara Kramer es verdad. La abuela y la nieta discutieron acerca del matrimonio de Tatiana con Glen Davis. La señora Johnson amenazó a Tatiana con desheredarla si se casaba con Glen Davis, y también le advirtió que hoy cambiaría el testamento.

—No hace más que repetir lo que yo he dicho.

—Ahora llego al punto —hice una pausa—. Si Tatiana mataba a su abuela, ¿qué ganaba con eso? Conozco a la chica y es inteligente. Según ustedes, ella no tiene coartada. Es la culpable. Tatiana sabe que la atraparán tarde o temprano y que, en esas circunstancias, nunca podrá heredar a su abuela. Ni siquiera va a disfrutar del medio millón que la señora Johnson le aseguró, si la hubiese dejado que cambiase el testamento. ¿Por qué iba a matarla si lo perdía todo?

—¿Ya terminó?

—Sí.

—¿Sabe que se mata por odio, señor Anders?

¿O es tan inocente que cree que sólo se mata por amor?

—De modo que, Tatiana odiaba tanto a su abuela que le importaba un rábano que heredase medio millón o mil doscientos millones de dólares.

—Yo no hice al ser humano, señor Anders.

—Fue una fortuna... para el ser humano.

—Cuando se canse de hacer chistes hágame un favor, Anders. ¡Tírese a un pozo!

—Adiós, teniente.

—Quiero que sea un largo adiós. ¿De acuerdo, Anders?

No sabía si nuestro adiós iba a ser largo o corto, de modo que me limité a dar media vuelta y salir de allí.

Cuando estuve en mi coche, encendí un cigarrillo, pero lo apagué enseguida porque, a la primera chupada, me dolió más la cabeza.

Tatiana Johnson tenía el asunto muy feo y, por la clase de conversación telefónica que yo había sostenido con ella, uno llegaba a la conclusión de que, efectivamente, había matado a la vieja dama.

Era un podrido asunto para una jovencita de diecisiete años que huía de la policía. Demasiado podrido.

CAPÍTULO VII

Seguía nevando en Nueva York.

Yo estaba en mi despacho haciendo un crucigrama. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Mamífero pisciforme de seis letras.

En eso se oyó la campanilla de la puerta por donde entraban los clientes.

Una voz femenina dijo:

—¿Se puede?

—Adelante —contesté.

Entró la rubia del año.

Era alta, bien formada, con un rostro de diablesa, ojos azules, senos turgentes, la cintura muy estrecha y anchas las caderas, y las piernas muy largas. Llevaba la falda por la rodilla. Toda ella era un monumento.

—¿Señor Anders?

—Sí, soy yo.

—Me llamo Judy Parker.

—¿Señora o señorita?

—Señora. Y esa es la razón por la que vengo a su oficina.

—¿Quiere sentarse?

—Gracias.

Ocupó el sillón de los clientes y no se preocupó mucho de su falda. Quedó muy subida, por los muslos. Se podía permitir el lujo de mostrar sus remos porque eran impresionantes.

—Señor Anders, trabajo como secretaria en la editorial Parrish.

—No estoy muy fuerte en editoriales.

—*La editorial Parrish se dedica a publicar libros como: Arregle las averías de su coche sin necesidad de llevarlo al taller... Sea el fontanero de su casa y ahorre dinero... ¿Por qué no cuidar su propio jardín?*

—Perdone que no haya comprado ninguno de esos libros. Cuando el coche se me avería, lo vendo y compro otro. Cuando me funciona mal el grifo, me desahogo con unas cuantas maldiciones y aviso a mi portero para que me lo cambie. Y en cuanto al jardín, no he llegado a la edad de plantar rosas.

Ella se puso muy seria.

—Sólo le estaba dando una idea de nuestras publicaciones.

—¿Tiene que ver con el asunto?

—No.

—¿Y para qué me necesita, señora Parker?

—Para que busque a mi marido. Verá, señor Anders, yo me casé con Richard Parker, hace ocho años, en Chicago. Allí yo trabajaba también con una editorial, la Corman. Richard Parker era un agente vendedor. Simpatizamos, y tras unos meses de relaciones, nos convertimos en marido y mujer. Nuestra felicidad duró poco, unas semanas. Richard era muy celoso. Debo decirle que Richard no ganaba mucho dinero y yo había continuado trabajando. Me hizo varias escenas y no le preocupaba si eso ocurría en casa, en la oficina o en el restaurante... Llegó a pegarme. No lo soporté más y me fui a un hotel. Richard se presentó un día en el hotel con una pistola. Yo estaba con uno de mis jefes, con el señor Corman, pero no estaba haciendo nada malo. El señor Corman había ido allí para dictarme un trabajo urgente. Mi marido sacó la pistola. El señor Corman peleó con él y logró desarmarle. Y entonces el señor Corman golpeó varias veces a Richard. Logré separarlos. Richard se marchó y esa fue la última vez que lo vi. Tuve miedo de continuar en Chicago y decidí venir a Nueva York.

—¿Cuándo se vino a Nueva York?

—Ya llevo aquí siete años.

—En ese tiempo, ¿tuvo alguna vez noticias de su marido?

—No.

—¿Y por qué quiere ahora encontrarlo?

—Para divorciarme.

—¿Por qué ahora?

—El señor Parrish me ha pedido que sea su mujer, y no puedo, sino me divorcio antes.

—¿Ha hecho alguna investigación por su cuenta, señora Parker?

—No.

—¿Por qué no recurrió a sus amigos de Chicago?

—Renuncié porque resulta difícil para mí. Quiero decir enojoso. Por el contrario, pensé que, si un investigador privado hacía el trabajo, sería más rápido y, al propio tiempo, menos complicado para mí.

—Pero usted ignora si Richard continúa en Chicago.

—Lo ignoro.

—¿Sabe que mi trabajo puede durar mucho tiempo?

—Quiero que lo haga cuanto antes. Y por eso debe ir a Chicago enseguida.

—¿Por qué me eligió a mí?

La hermosa señora Parker parpadeó.

—He visto su placa en la puerta varias veces. Tengo aquí mi dentista.

En aquel edificio había ocho dentistas. Dos en mi misma planta, tres en la de arriba y otros tres en las plantas superiores.

—Hablando de otra cosa, señora Parker, esto le puede costar bastante dinero.

—Lo he supuesto.

—¿No le importa?

—Tengo mi límite.

—¿Cuánto es su límite?

—¿Estarán bien tres mil dólares?

—Puede que sea más.

—Le daré mil dólares ahora. Quiero que salga para Chicago cuanto antes.

—No sé si podré.

Enarcó las cejas.

—¿Por qué, señor Anders?

—¿No se ha preguntado si yo tenía otro trabajo?

—Oh, tiene razón.

—Pero quizá vaya a Chicago.

—Qué amable es usted.

—De todas formas le avisaré. Deme su dirección y su número de teléfono.

Me dio ambas cosas, incluyendo el teléfono de la editorial.

La acompañé hasta la puerta y me alargó la mano. Se la estreché. Era una mano cálida.

—Recuérdelo, señor Anders, quiero divorciarme cuanto antes de Richard.

—Ya le he dicho que tendrá que esperar a mañana para saber si acepto el caso. Si acepto, la llamaré y entonces me pagará esos mil dólares.

—Esperaré sus noticias.

Se marchó y yo me quedé pensativo. ¿Qué me impedía ir a Chicago? Tatiana Johnson se había convertido en una asesina fugitiva de la justicia. ¿Porqué la señora Johnson le había dicho a Copper que yo me ocupase del asunto? ¿Qué pintaba allí un investigador privado? La señora Johnson no necesitaba un investigador. Tenía que haberle dicho a Copper, que si le pasaba algo, buscarse al mejor abogado criminalista para su nieta.

A pesar de ello yo había intentado ayudar a Tatiana. ¿Y qué había ganado? Un buen porrazo en la cabeza.

Y cuando hablé con Tatiana, siguió burlándose de mí. No, no podía hacer nada por ella. Me arrepentí de no haber dicho a la señora Parker que me ocuparía de su caso y que saldría aquella misma noche para Chicago. La señora Parker me había llegado del cielo para hacerme olvidar a la señora Johnson, a su nietecita del infierno y al loco de Glen Davis.

Ya había decidido lo que tenía que hacer. Comería algo, iría a mi apartamento, prepararía la maleta para viajar a Chicago y llamaría a la señora Parker para decirle que me disponía a buscar a su marido, al celoso señor Parker.

Comí en lo de Joe, pero estuve más tiempo del previsto porque entablamos una discusión sobre el regreso de Cassius Clay al boxeo. Joe dijo que Cassius no era el de antes. Intervinieron en la conversación un periodista y un par de clientes y todos nos pusimos a hablar de boxeo.

Finalmente me cansé de Cassius Clay y abandoné el restaurante.

Ya había dejado de nevar.

Viajé en mi coche hacia casa.

Mi apartamento está en la quinta planta de un edificio, en el lado derecho del Hudson. Como casi siempre, el lugar que tengo destinado para el aparcamiento estaba ocupado. Identifiqué el auto de la pelirroja del tercero, una actriz de Broadway. Ya habíamos tenido varias discusiones por la misma cuestión. Tuve que dejar mi

coche en donde pude y eso me alejó un cuarto de milla.

Regresé andando, con ganas de pegar una dentellada a la pelirroja, y no lo digo porque ella estuviese bien, sino por lo mala ciudadana que era.

Pulsé su timbre y me abrió ella misma:

—Señorita Jones.

—Oh, el detective privado. ¿Quiere un trago?

—No, no quiero un trago. Sólo quiero que no ponga su coche en el lugar que tengo reservado para el mío. Se lo he pedido varias veces.

—Convenza al resto de los vecinos. Me usurparon también mi lugar.

—Tendré que comunicarlo al administrador.

—Estupendo. Dígaselo al administrador, a ver si pone orden entre los vecinos.

Sabía que había perdido mi tiempo.

—¿No quiere un trago ahora? —sonrió la pelirroja.

—No, gracias.

—Qué lástima.

—Tengo que viajar mañana, señorita Jones.

Me aparté de ella con un humor de mil diablos. Eso es lo que adelanta uno con las actrices de Broadway. Ser el perdedor en todas las discusiones.

Abrí mi apartamento.

La luz del *living* estaba encendida.

Sólo llevo pistola en ciertas ocasiones y ahora no la llevaba.

La puerta del dormitorio estaba abierta y oí el ruido de la ducha.

Fui hacia allí muy aprisa. Tropecé con un maletín que había en el suelo.

Entonces oí una voz.

—¿Señor Anders?

—Sí.

—Me estoy duchando, señor Anders. Enseguida salgo.

Era Tatiana Johnson.

CAPÍTULO VIII

El mal humor que se había apoderado de mi tras la discusión con la actriz de Broadway aumentó como veinte grados.

Allí estaba Tití, en mi propio apartamento, a la que la policía perseguía como autora de un crimen.

En los momentos de nerviosismo no hay como un cigarrillo y un trago de *whisky*.

Me serví una buena ración de *whisky*, encendí el cigarrillo, y ocupé un sillón en el *living*, frente a la puerta del dormitorio.

Oí pasos y por fin salió ella. Se había puesto una de mis batas, la azul.

Ella se detuvo y dijo:

—Las mangas me vienen un poco largas.

Había extendido los brazos y le sobraba, efectivamente, un palmo de manga. Se subió primero la derecha y luego la izquierda. Sonrió y dijo:

—¿No hay un trago para mí?

No esperó mi respuesta. Ya había encontrado el bar.

—No es usted un buen anfitrión —dijo.

Se sirvió un vaso y se sentó en la moqueta, a mis pies. Bebió un traguito y gruñó:

—¿No va a decir nada?

—Sólo se me ocurre una cosa.

—No me diga que quiere jugar una partida de ajedrez conmigo.

—¿Debo llamar a la policía o al manicomio? Ése es el dilema. ¿A cuál de los dos, Tití?

Ella rio enseñando sus dientes perfectos.

—No puedes llamar a la policía —me tuteó.

—Dime una razón para que no lo haga.

—No maté a mi abuela.

Lo dijo con una voz natural, como si estuviese hablando de un

vestidito que se acababa de comprar.

Bebió un traguito de *whisky* y buscó en los bolsillos de la bata, pero no encontró nada.

—Dame mi cigarrillo, Rock.

Le largué mi cigarrillo y yo cogí otro.

—¿Dónde está Glen Davis? —pregunté:

—En la cabaña de Max Roberts.

—¿Por qué no fuiste con él?

—Le engañé —se echó a reír—. Le dije que me reuniría con él allí.

—¿Y por qué no fuiste?

—Pensé que tú le habrías dicho a la policía donde encontrarme. En la cabaña de Max Roberts.

—No le dije nada a la policía.

—Podías habérselo dicho.

—Pero no lo hice.

—Qué simpático eres.

—Oye, Tatiana, ¿qué es lo que tienes en la cabeza?

—Sesos.

—Lo dudo.

—No te pongas tan fiero. Te he dicho que yo no maté a la abuela.

—¿Por qué huiste?

—Me habrían detenido. ¿No ves lo que está pasando? ¿Quién la mató? Tatiana, su nieta, por que la había amenazado. Todo está en contra de mí, Rock. No existe ninguna duda para la policía.

No dije nada y me apuntó con el cigarro extendido.

—Y apuesto a que tú tampoco tienes ninguna duda.

—Me iba a ir a Chicago, tras aceptar el caso de la señora Parker, y había estado pensando en que la difunta señora Johnson debería haber encargado a Copper que contratase al mejor abogado criminalista para Tatiana.

—¿Lo ves? —dijo la muchacha—. Tú también crees que la maté, Rock.

—La mataste.

—No, yo no lo hice.

—Cuando regresábamos de Newburgh dijiste que alguien la tenía que matar.

—Me refería a sus enemigos.

—¿Cuál de ellos concretamente?

—Ninguno en concreto. ¿Es que no conoces la biografía de mi abuela? Arruinó a muchísima gente. Cuando en Nueva York se hayan enterado de su muerte, muchas personas habrán brindado con champaña.

—Tu abuela murió en su casa, en su dormitorio. ¿Crees que cualquier persona podía entrar allí?

—¿Por qué no? Si un criminal llega a la decisión de matar, imagino que no anuncia su crimen por teléfono o dejando su tarjeta.

—Empecemos por el principio. ¿Qué pasó anoche entre tú y tu abuela?

—Discutimos.

—Le dijiste que te querías casar con Glen Davis.

—Sí.

—Y ella te lo prohibió.

—También es verdad.

—Y tú insististe en que estabas decidida a casarte con Glen.

—Cierto.

—Entonces te amenazó con desheredarte.

—Copper escuchó muy bien detrás de la puerta.

—No fue Copper, sino una de las criadas. Bárbara Kramer... Tu abuela dijo que hoy ordenaría a su abogado, Alex Bannister, un nuevo testamento.

—Cierto.

—Y en ese nuevo testamento tú sólo heredarías medio millón de dólares.

—No quería más.

—De modo que renunciabas alegremente a los mil doscientos millones de dólares.

—Medio millón de dólares eran buenos para mí si con ellos tenía en paz mi conciencia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—La fortuna de mi abuela estaba amasada con la desgracia de los demás, de docenas de familias... La amasó con la miseria, con el dolor, con las enfermedades y hasta con la muerte de seres humanos.

—¿Eres *hippie*?

—No soy *hippie*, aunque me resultan simpáticos. ¿Es que una persona no puede tener buenos sentimientos sin ser *hippie*?

Me estaba sorprendiendo mucho. La chica era lista. Aquello formaba parte de la trampa. ¿Trampa para qué? ¿Para que yo buscase al asesino de paja? No, no tenía sentido.

Me levanté para servirme más *whisky*. Ella continuaba sentada en la moqueta.

—Alárgame el cenicero —dijo.

Le alargué el cenicero y aplastó la punta del cigarrillo.

—¿Qué pasó esta mañana, Tatiana?

—Me levanté más temprano de lo acostumbrado.

—Claro, querías matar a tu abuela sin testigos, antes de que ella pusiese en marcha a su abogado.

—No seas estúpido.

—Fuiste a su dormitorio.

—Sí.

—¿Para qué?

—Quería decirle algo parecido a esto —miró a un punto indeterminado de la pared, a la derecha de donde yo estaba y dijo, como si realmente estuviese hablando a la señora Johnson—: «Abuela, no me importa que me desheredes. Todo lo contrario. Me alegra mucho. Si me hubieses dejado los mil doscientos millones, yo habría distribuido ese dinero entre mis semejantes, entre la gente dolorida, entre los que sufren. A mí me basta con medio millón y, sobre todo, me basta con vivir en paz».

Es malo sentirse emocionado cuando uno está trabajando en un caso donde se juega la vida de una persona, y Tatiana se la estaba jugando.

Se había quedado muy seria.

—Tatiana —dije—, o eres la mejor actriz del mundo y entonces equivocaste la carrera, o como asesina eres una ingenua.

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—¿Que seas tan imbécil?

—Soy imbécil porque pienso que mataste a la señora Johnson.

Se levantó.

—¿Y por qué iba a matarla yo? ¿Qué iba a ganar? De todas formas, si yo la mataba, perdía los mil doscientos millones.

—Pudiste tener un momento de ofuscación.

—¿Un momento de ofuscación después de toda una noche?

—Tú odiabas a la señora Johnson.

—Le tenía lástima.

—Copper te oyó decir que la querías ver muerta.

—Era la mujer que había arruinado a tanta gente. Estaba satisfecha de lo que había hecho. Yo convivía con ella. Siempre pensé que mi abuela se arrepentiría del mal que había hecho. ¡Pero estaba satisfecha, Rock! Con ochenta y cuatro años me decía que, si volviese a nacer, volvería a hacer todas las cosas que hizo. ¿Qué querías que sintiese al oírle decir tales cosas?

—Volvamos a lo de esta mañana. Le ibas a decir que no te importaba que te desheredase.

—No pude decírselo porque ya estaba muerta, con aquella bufanda anudada al cuello.

—La bufanda te pertenecía.

—Sí, era mía.

—¿Debía estar allí?

—No, debía estar en mi habitación.

—¿Cuándo notaste su falta?

—No noté su falta. Tengo muchas bufandas.

—¿Te cercioraste de que tu abuela estaba muerta?

—Sí.

—Y luego echaste a correr.

—No tenía otra salida.

—¿No pensaste que, tarde o temprano, te cazaría la policía?

—Sólo pensé en alejarme de allí cuanto antes.

—Y ahora has venido en mi busca para que yo descubra al asesino.

—Tuve esa estúpida idea.

—Tu abuela habló con Copper. Ella temía que le pasase lo que le ha pasado. ¿Sabes que tu abuela le dijo que, en tal caso, Copper se debía poner en contacto conmigo?

Hizo un gesto de asombro.

—¿Eso dijo?

—Sí.

—Entonces, Doris sabía que yo no la mataría. ¿Porqué iba a contratarte sí, según todos, yo sería la asesina? ¿Es que no te das

cuenta, Rock? Mi abuela sabía que la podían matar. Pero también sabía que yo necesitaría los servicios de un investigador privado para que no me culpasen del crimen.

—¡Estás retorciendo los hechos a tu favor!

—¡No los estoy retorciendo! ¡Mi abuela te contrataba para que me defendieses de la acusación que caería sobre mí!

—¿Qué fue lo que estudiaste en la Universidad? ¿Leyes?

—Arte.

—Imagino que una de las asignaturas sería el teatro.

—Sí.

—Con razón interpretas tan bien.

—Sigues pensando en que estoy haciendo una comedia.

—Y mereces un Oscar.

—¡Vete al infierno!

Empegaba a ser la Tatiana que yo había conocido. Tenía los puños apretados contra los muslos y sus ojos destellaban intensamente.

—Eres un investigador de porquería.

Dio media vuelta y se metió en el dormitorio.

Encendí otro cigarrillo.

Al cabo de un rato salió vestida.

—¿Adónde vas? —pregunté:

—Con Glen Davis.

—La policía te atraparé enseguida. Ellos ya conocerán la existencia de esa cabaña porque habrán investigado a Glen... Seguro que te están esperando.

—Me iré a un hotel.

—Te vas a quedar aquí.

—¿Por qué?

—Porque lo mando yo.

—¡Tú no me das a mi órdenes!

—Oye, ¿quieres que te lo suplique? Quédate. Investigaré el crimen.

—No lo dices muy convencido de mi inocencia.

—Dejemos los comentarios. Voy a suponer que tú no la mataste, pero no puedo admitir que lo hiciese alguien fuera de la casa.

—¿Por qué?

—Resulta difícil que alguien extraño a la casa se valiese de ti

para matar a la señora Johnson. Punto primero: Tenía que estar enterado de la enemistad con tu abuela. Punto segundo: En tal caso montó el crimen basado en esa enemistad y se tuvo que meter en tu habitación y coger tu bufanda. Es mucho más fácil pensar que cometió el crimen alguien de la casa. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Empieza a hablarme de Bárbara Kramer, la criada que escucha detrás de las puertas.

—Tienes que rechazarla. Es una muchacha poco inteligente. Era bien tratada por mi abuela. Jamás discutió por nada. Estaba satisfecha por su empleo. Quería mucho a mi abuela.

—Borrada Bárbara Kramer. ¿Cuál es la otra criada?

—Helen Turner. Al mismo tiempo es la cocinera. Tiene cincuenta años. Es viuda, con dos hijos. La abuela se ocupó de los dos. Les pagó los estudios. Uno de ellos es médico y el otro está trabajando en una compañía de petróleo. Helen Turner tenía más motivos que Bárbara Kramer para estar agradecida a mi abuela. Y lo estaba. No, no puede ser tampoco ella.

—El mayordomo.

—Frank Hunter. Un tipo muy correcto. Ha trabajado veinte años para mi abuela y nunca les oí una discusión. Era difícil tratar a mi abuela, pero Frank Hunter sabía hacerlo. Sinceramente, no puedo imaginar que Frank matase a mi abuela porque no tenía motivo.

—De modo que la servidumbre está limpia de culpa.

—Me atrevería a poner las manos en el fuego por ellos.

—El chófer. Clive Oliver.

—Es una gran persona...

—¿Estás defendiendo a todos los de la casa!

—Tengo que defenderlos. Clive es muy serio, pero servicial, un hombre callado y que sabe cumplir con su deber.

—De modo que tus tiros van hacia Copper.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es repugnante.

—¿Por qué lo calificas así?

—¿Acaso te resulta simpático?

—No, no me resulta simpático, pero no podemos incriminar a una persona porque nos resulta antipática.

—Es un tipo tan retorcido como... —se interrumpió de pronto.

—¿Como tu abuela?

—Sí.

—¿Qué iba a ganar Copper con matar a la señora Johnson?

—No lo sé.

—¿Estaba incluido en el testamento?

—Sí. Mi abuela le dejaba un legado de doscientos cincuenta mil dólares.

—¿Es casado?

—No, soltero.

—¿Qué tal funciona con las mujeres?

—Quiso funcionar conmigo, pero yo no lo dejé.

—Háblame de eso.

—Trató de conquistarme. Un par de veces entró en mi dormitorio sin llamar. La primera vez estuvo muy educado y se marchó. La segunda vez trató de besarme y de algo más. Tuve que luchar con él y le solté una bofetada. Fue lo que le devolvió sus buenas maneras...

—El secretario había puesto sus ojos en ti...

—Casándose conmigo, esperaba echar mano a la fortuna de la abuela.

—Vamos a suponer que nuestro hombre es Copper. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Lo investigaré desde el día que nació.

Marqué el número de la señora Parker, el de la oficina. Me respondió una voz de hombre y le dije que quería hablar con Judy Parker.

Poco después la oí a ella.

—¿Quién llama?

—Rock Anders. Señora Parker, siento decirle que no me puedo ocupar de su caso.

—¿No puede?

—Verá, tenía otro asunto entre manos. Hay más investigadores. Le puedo recomendar a uno de ellos.

—No, gracias.

—Como usted quiera, señora Parker. Lo siento.

—No tiene importancia.

Colgó y yo lo hice después.

Fui hacia la puerta y me volví.

—Tatiana, no quiero que establezcas comunicación con nadie.

—De acuerdo.

—Ni siquiera con Glen Davis.

—No te preocupes.

CAPÍTULO IX

Salí de mi apartamento.

La actriz de Broadway estaba esperando el asensor.

—¿Se le pasó el enfado, señor Anders?

—¿Usted cree? Tengo que recorrer un cuarto de milla para recoger mi coche.

—Voy a la calle 42. Si quiere, lo llevo.

—No, gracias.

Era bonita y hermosa, con una voz agradable, y me hablaba muy insinuante. Pero todavía yo no sabía qué clase de trabajo hacía en el teatro. La verdad es que habíamos hablado siempre de su condenado coche, que dejaba aparcado en el sitio reservado para el mío.

Bajamos en el ascensor y salimos a la calle.

—¿Está seguro de que no quiere que lo lleve, señor Anders?

—Le he dicho que no.

—Una noche lo invitaré a cenar para que me cuente sus aventuras —dijo y se alejó.

Así son las mujeres. La señorita Jones seguía siendo amable conmigo porque pensaba seguir quitándome mi trozo de aparcamiento.

Fui por mi coche y me puse en marcha hacia la mansión de la difunta señora Johnson.

Me abrió el mayordomo, Frank Hunter.

—Perdone, señor Anders, pero no puede entrar.

—¿Quién lo ordena?

—El señor Copper.

—¿Está él?

—Sí, señor.

Justamente, vengo a hablar con el señor Copper.

—Lo siento, pero el señor Copper dijo que no lo quería ver a

usted.

—Yo lo veré.

Caminé hacia el salón y abrí la puerta.

Copper estaba tras de la mesa y levantó los ojos.

—¿Por qué ha entrado, señor Anders? ¿No le ha dicho el mayordomo que no estaba para usted?

—Me lo dijo, pero yo no le hice caso.

—Entonces, salga o llamaré a la policía.

—Si trata de tocar ese teléfono, le pego en la boca, Copper.

Había empezado a mover la mano hacia el teléfono y la encogió.

—No me gustan sus modales, señor Anders.

—¿Por qué cambió de forma de pensar, Copper? Me dijo que la señora Johnson le encargó que me llamase para ocuparme de la investigación, si a ella le pasaba algo.

—El teniente Dixon me dijo que usted no debía meter las narices en el asunto.

—Y para usted, la palabra del teniente Dixon vale más que la de la señora Johnson.

—Pensé que no valía la pena que usted hiciese nada. Tatiana es culpable.

—¿Qué va a pasar con usted ahora que la señora Johnson ha muerto?

Se levantó de un salto.

—Señor Anders, no le consiento que dude de mí... ¡Salga inmediatamente de esta casa!

—No voy a salir hasta que obtenga la información que vine a buscar, de modo que contra más pronto me lo diga, más pronto le dejaré en paz.

—Muy bien. Seré el administrador.

—¿El administrador de qué?

—De la fortuna de la señora Johnson.

—¿Se hace constar en el testamento?

—No, la señora Johnson hizo eso fuera del testamento.

—¿Cuándo?

—No fue ayer, si es lo que usted cree.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—¿Lo sabía Tatiana?

—No.

—¿Dónde consta el nombramiento de administrador?

—La señora Johnson envió una carta a su abogado el señor Bannister. Tengo copia de ella.

—¿Puedo leerla?

—¿Por qué no?

Copper sacó la carta de una carpeta y me la alargó. Leí su contenido. No había duda. Glen Copper iba a manejar mil doscientos millones de dólares.

—Es un motivo bastante para que usted la matase, señor Copper —comenté:

—¿Qué está diciendo?

—Estoy suponiendo que la señora Johnson se volviese atrás y que hubiese decidido dejar sin efecto su nombramiento de administrador.

Se echó a reír.

—Pero no lo hizo.

—Quizá lo hizo, pero no lo sabemos. La señora Johnson pudo informarle anoche que no sería el administrador.

—No me informó nada a ese respecto.

—Le resultó muy fácil.

—¿Qué cosa me resultó fácil?

—Usted estaba al corriente de lo que la señora Johnson pretendía hacer hoy. Desheredar a Tatiana. Si usted la mataba, la culpa recaería en Tatiana, especialmente si estrangulaba a la señora Johnson con una bufanda de la muchacha.

—¡Señor Anders, no tiene ningún derecho a acusarme!

—Estoy cumpliendo con la voluntad de la difunta. Investigo.

—¡Si quiere cumplir la voluntad de la difunta, capture a Tatiana Johnson!

—Ella le falló, ¿verdad, Copper? Pensó en la gran jugada. En casarse con Tatiana.

—¿Quién le ha dicho eso?

—¿Quién supone usted?

—Tatiana.

—Sí, Copper, fue Tatiana. Me contó las dos visitas que le hizo en su dormitorio.

—¡Se equivoca Tatiana, y se equivoca usted!

—¿No fue a su dormitorio?

—Sí, pero ella me atrajo.

—¿Ella lo invitó?

—Se insinuó varias veces. Esa chica es el mismo demonio.

—¿Y cómo explica entonces que ella lo rechazase? ¿No sería que usted vio en ella una supuesta insinuación? ¿No fue usted quién pensó que todo le sería fácil?

—Tatiana prefirió a ese vago de Glen Davis.

—Quizá porque está enamorada de él.

—No diga tonterías, señor Anders. Tatiana es de la clase de chicas que no se enamora de nadie. Es Como todas las jóvenes de hoy. El amor es solo un acto físico, lo mismo que comer o beber.

—Si Tatiana es esa clase de muchacha, ¿por qué lo abofeteó a usted cuando pretendió besarla?

—Porque yo no era de su gusto. Simplemente por eso.

—Pero hay una mujer que lo encuentra a usted de su gusto.

—¿A quién se refiere?

—A Judy Parker.

—¿Judy Parker?

—Sí, señor Copper, Judy Parker.

—Yo no conozco a ninguna Judy Parker.

—Trabaja en la editorial Parrish. Se casó hace unos años y ahora quiere divorciarse.

—En mi vida he oído hablar de esa mujer. No sé absolutamente nada de ella. No comprendo qué es lo que trata de conseguir con su burda trampa.

—Descubrir a la persona que asesinó a la señora Johnson.

—Fue Tatiana.

—No, Copper, no fue Tatiana.

Copper alargó la mano hacia el teléfono.

—Si no se va ahora mismo, llamo a la policía.

Me dirigí hacia él y le solté una bofetada.

Trató de levantarse del sillón, pero le puse la zarpa en el hombro.

—Quieto, Copper.

—¡Esto es un atropello!

—Escuche, Copper. Alguien envió a Judy Parker a mi oficina. Al principio no lo vi claro, pero ahora estoy seguro de que pretendían

apartarme de esta investigación, y, por tanto, tuvo que ponerla en marcha una persona que estaba al corriente del encargo de la señora Johnson. Esa persona pensó sacarme de Nueva York. Yo tenía que ir a Chicago para dar con el paradero del supuesto esposo de Judy Parker.

Lo atrapé por las solapas y acerqué mi cara a la suya.

—¡Suélteme, Anders!

—Quiero oírle confesar que Judy Parker y usted se conocen, que usted me la envió.

—¡No puedo decir tal cosa porque no sería cierto!

Lo estaba mirando fijamente a los ojos. El sudor le resbalaba por la piel.

Le solté y me dirigí hacia la puerta. Me volví antes de salir.

—Copper, voy a pasar por el microscopio todos sus actos. Los grandes y los pequeños. Lo exprimiré como un limón y, si me ha engañado, lo va a pagar. Y ya puede llamar a la policía si quiere.

Salí de la casa.

A la izquierda estaba la cochera.

Clive Oliver lavaba uno de los autos.

—¿Qué tal, señor Anders? —me saludó.

—Muy mal, Clive.

—Si viene a sacarme dónde está Tatiana, pierde su tiempo, señor Anders.

—Sólo me gustaría saber si lo sabe.

—Si lo supiese no se lo diría —dijo con firmeza.

—¿Por qué no me lo diría, Clive?

—Estoy de parte de Tatiana.

—Según parece, cometió un crimen.

—Es posible, pero la señora Johnson tenía muchos enemigos. ¿Por qué no iba a matarla cualquier otro? De todas formas, voy a suponer que lo hiciese Tatiana. El señor Copper me ha explicado que ella pensaba desheredar hoy a Tatiana. Eso no estaba nada bien, señor Anders.

—¿Qué le dejó a usted en el testamento, Clive?

—Cien mil dólares.

—¿Se quedará en la casa?

—No, señor Anders. Me iré a Francia. Seré chófer de un diplomático francés que vuelve a su país. Sólo me quedé aquí por

Tatiana.

—¿Me va a decir que está enamorado de ella?

Sonrió.

—Oh, no, señor Anders. Sólo siento un gran afecto por esa muchacha. Desde que llegué, pensé que la señora Johnson estaba destruyendo a su nieta. Tarde o temprano, tendría que ocurrir una catástrofe. Y ya ocurrió.

—¿Odiaba a la señora Johnson?

—No, no creo que la odiase.

—Me dijo que estaba aquí a gusto.

—Por Tatiana. Por saber el final de la historia.

—¿Conoce a Judy Parker?

—¿Quién es?

—Una rubia muy hermosa.

—No recuerdo a ninguna rubia hermosa que se llame Judy Parker. ¿Debía conocerla, señor Anders?

—Olvídelo.

Le hice un saludo para marcharme y él me detuvo:

—Señor Anders, yo haría cualquier cosa por Tatiana. Si necesita mi ayuda ámeme.

—Gracias, Clive.

Me marché de allí.

Judy Parker ya no estaría en la editorial pero tenía su dirección. Ella era la pieza clave del asunto. Estaba convencido de que Judy Parker me había sido enviada por el asesino.

Me llevó una hora llegar a su casa porque encontré dos atascos.

Dejé el coche en un aparcamiento subterráneo.

Otro coche llegó detrás. Cerré la puerta del vehículo y salté.

Un hombre me cubrió la salida entre mi coche y el otro. Estaba parado con las manos metidas en los bolsillos de un abrigo.

—¿Qué hace? —le pregunté.

No me contestó.

Volví la cabeza y miré a mi espalda. Allí había otro tipo. También tenía las manos en los bolsillos del abrigo.

El primer hombre dijo:

—Le traemos recuerdos, señor Anders.

—¿De quién?

—De la señora Johnson.

CAPÍTULO X

Solté una maldición por no haber cogido la pistola.

Los dos tipos eran grandotes y no había nadie que me pudiese echar una mano.

Eché a andar hacia el que tenía delante.

—La señora Johnson se molestó demasiado desde el más allá — dije.

—Ella ordenó que no enredase.

No pude seguir andando porque él no se apartó una pulgada, y estaba justamente al final del pasillo que formaban los dos coches.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Para usted soy Moscardón.

—¿Por qué para mí?

—Porque le voy a zumbar.

Me miré la punta de los pies y salté, lanzándole el puño derecho a la cara.

Mi maniobra resultó un éxito. Le alcancé en las narices. Pero el tipo se tambaleó sin llegar a caer en el suelo.

El otro se tenía que haber deslizado a mi espalda sin que yo me diese cuenta porque, de pronto, algo me golpeó en el hombro cuando estaba a punto de ganar la libertad.

Fue como si hubiese caído sobre mi clavícula una tonelada de hierro.

Y justamente me fui hacia el Moscardón, que estaba echando sangre por las narices.

—Hijo de perra —dijo y me metió el puño en el estómago.

Retrocedí y, nunca debí hacerlo. El que primero me había golpeado me volvió a alcanzar, ahora en el cuello.

Estrellé las espaldas contra mi coche y entonces pude ver con lo que me estaba pegando el compañero de Moscardón, con un trozo de tubería.

El había levantado el brazo para descargar otra vez su porra. Salté a tiempo y el trozo de tubería golpeó contra la chapa y le hizo una abolladura.

Moscardón había sacado un pañuelo con el que trataba de contener la hemorragia.

—Que no se te escape, Bill —rezongó.

—No se me escapará —dijo el maldito porrero.

Levanté el pie y se lo clavé en la ingle.

El tipo aulló como un perro rabioso. Se había quedado paralizado y le pegué otro puntapié en el mismo sitio.

Sus ojos se le salían de las órbitas. Abrió la mano y dejó el trozo de cañería.

Moscardón estaba impresionado. Echó a correr y se perdió por entre los coches.

Yo no pude seguirle porque estaba demasiado débil.

Bill también fue a echar a correr pero le hice la zancadilla y cayó.

Agarré el trozo de cañería y cuando se levantaba le pegué en el hombro.

—¡Cuidado! —dijo.

—Oh, sí, debo tener mucho cuidado contigo, chico. Después de todo, tú solo me estabas invitando a peladillas.

—No tengo nada contra usted.

—¿Con qué me habrías pegado si hubieses tenido algo contra mí? ¿Con la estatua de la Libertad? ¡Rápido, tu nombre, o te deshago la cara!

—Bill Harmon.

—¿Y quién es el Moscardón?

—Clark Lake.

—Ya sólo falta que digas quién os puso en marcha.

—La señora Johnson.

—Desde el más allá, ¿verdad?

—Sí, señor Anders.

Le pegué en la oreja y chilló como una rata.

—Si escandalizas, te convierto las narices en harina —lo amenacé.

—No chillaré, señor Anders. Tranquilícese.

—Yo estoy muy tranquilo, pero no tengo todo el tiempo del

mundo para escuchar tonterías, Bill.

—Fue un encargo por teléfono, señor Anders. Era voz de mujer. Ella dijo: «Cobrarán doscientos dólares por cabeza si le dan una lección a Rock Anders».

No dijo su nombre. Y agregé lo de la señora Johnson del más allá.

—¿Y dónde dijo que me encontraríais?

—Nos dijo que usted iría a la casa de la señora Johnson, de modo que estuvimos esperando a que apareciese. Usted llegó, y esperamos a que saliese. Luego lo seguimos hasta aquí.

—¿Cómo ibais a cobrar los doscientos?

—Un mensajero nos llevaría la pasta esta noche al bar donde nos llamaron. Se llama Topacio. Clark y yo somos asiduos clientes.

Yo conocía el bar Topacio. Era un antro, uno de los peores sitios de la ciudad, lugar de reunión de matones y zorritas.

Estaba seguro de que Bill Harmon me decía la verdad. Ninguna persona inteligente se habría aliado con aquella gentuza exponiéndose a que ellos la delatasen. El Moscardón y su amigo dirían el nombre de su patrón por un dólar.

—Está bien, Bill, te voy a dejar libre.

—Gracias, amigo.

—Pero no quiero volveros a encontrar en mi camino.

—Descuide, señor Anders.

—Ni a ti ni al Moscardón.

—Por nosotros el asunto está concluido. Después de todo, nosotros también le pegamos.

—Sí, recibí algo —le solté un izquierdazo en la boca.

Se puso a lloriquear en el suelo.

Me alejé llevándome el trozo de cañería, que arrojé en un cubo de basura.

Judy Parker vivía en la séptima planta de un edificio muy mono.

Pulsé el timbre y me abrió envuelta en una bata que ceñía mucho sus curvas. Hizo un gesto de sorpresa.

—¿Usted, señor Anders?

Pasé sin esperar a que me invitase.

Ella cerró la puerta.

—Me alegra que haya cambiado de opinión y se vaya a ocupar de mi caso.

La miré a su bello rostro. Estaba sonriente.

—No he cambiado de opinión, señora Parker. No me voy a ocupar de su caso. Por una razón. Usted no tiene ningún caso.

—¿Eh?

—No hay ningún marido que buscar.

—Señor Anders, no le entiendo.

—Me entiende muy bien. Vino a mi oficina para que yo saliese de la ciudad. Dijo Chicago como hubiese dicho Miami o Los Ángeles. Usted necesitaba que yo me marchase lejos durante algún tiempo, hasta que Tatiana Johnson hubiese sido empaquetada por los de la brigada de homicidios.

—Señor Anders, no sé de qué me habla.

—¿Quién es él?

—¿El?

—El hombre con el que usted armó la combinación.

—¡Salga de mi casa!

Todo el mundo me quería echar de la casa e que entraba. Pero yo no me marché. Y tampoco me fui ahora.

Ocupé un sillón y crucé las piernas.

—Judy, está usted metida hasta el cuello en un asesinato.

—Está loco.

—Pero usted no mató a la señora Johnson. La asesinó el hombre que usted trata de encubrir. Ahora está a tiempo de echar marcha atrás. Aproveche la oportunidad de salir del asunto, y le garantizo que la pena que le impondrán será mínima.

Rió, pero su risa era nerviosa.

—No sé de qué me habla.

—Usted lo sabe bien. Le estoy hablando de Doris Johnson, una mujer de ochenta y cuatro años, que fue asesinada.

—Oh, sí.

—Celebro que haga memoria.

La rubia cogió un periódico del sofá. Me lo mostró por la primera página. Era una edición de la tarde y en la primera página se leía: «La millonaria Doris Johnson muere estrangulada». Y debajo con titulares también negros, se agregaba: «Principal sospechosa: su nieta».

—Señor Anders, todo lo que sé lo conozco por estos titulares porque ni siquiera he leído el periódico. Me disponía a hacerlo

cuando usted llegó. En mi vida llegué a conocer a Doris Johnson, y tampoco a esa nieta que acusan del asesinato.

Hizo una bola con el periódico y lo arrojó a mis pies.

Luego se marchó hacia un pequeño bar.

Sobre la mesa había una llave. La cogí y jugueteé con ella.

Judy se volvió con un vaso de *whisky*.

Yo estaba lanzando la llave al aire.

—Deje eso quieto.

Miré la llavecita y luego a Judy. Estaba pálida.

—¿Qué abre esta llave? —le pregunté.

—Nada que le importe.

—Parece que tiene mucha importancia para usted.

Bebió un trago de *whisky* y no dijo nada.

Yo miré la llave. Tenía dos letras. Una C y una T mayúsculas y un número, el 132.

—Señor Anders, me duele la cabeza y quiero acostarme. ¿Se va ya?

Me puse en pie e hice un experimento. Me guardé la llave en el bolsillo.

Ella volvió a palidecer.

—¡Deje esa llave en la mesa!

—Hasta la vista, señorita Parker.

Caminé hacia la puerta, despacio, lentamente. Tenía que ocurrir algo antes de que yo tocara el tirador. Y ocurrió.

—Señor Anders, deténgase o disparo.

Me volví.

Judy Parker tenía una pistola en la mano.

CAPÍTULO XI

Regresé al sillón y me senté.

Tenía que confiar a Judy.

—Mi deducción fue exacta, ¿verdad, señorita Parker? No hubo tal marido.

—Se equivoca. Lo hubo.

—¿Y qué pasó con él?

—Murió.

—¿Lo mató quizá usted?

—No diga idioteces. Mi esposo murió en un accidente.

—¿En Chicago?

—En Canadá.

—Comprendo. Averiguar eso me habría llevado mucho tiempo.

—Imagino que habría tardado una semana, o quizá más.

—Estupendo, señorita Parker. Ahora estamos poniendo las cartas boca arriba.

—Fue un tonto, señor Anders.

—¿Por no aceptarla como cliente?

—Sí, señor Anders. Debía haber aceptado. Habría ganado dinero y estaría fuera del asunto.

—Pero estoy dentro del asunto.

—Lo va a estar por poco tiempo.

—¿Va a disparar?

—Usted no me ha dejado opción.

—Admito que ha sido muy generosa conmigo, señorita Parker. Me mandó dos matones para que, con una paliza, me mandasen al hospital.

—¿Cómo se libró de ellos?

—Yo le pegué la paliza a sus dos gorilas.

—Fue una desgracia para usted que ganase esa pelea —arqueó el dedo en el gatillo.

—Un momento, señorita Parker. Estoy seguro de que usted no mató a la señora Johnson.

—Eso está claro.

—Pero si ahora me liquida, será tan culpable como su cómplice.

—Empezamos una cosa y la vamos a terminar.

—¿Y a cuántos más van a matar?

—Con usted cerraremos la cuenta.

—No, señorita Parker. Cuando se empieza a matar, nunca se sabe cuándo se acaba. ¿Quién es su cómplice?

—No lo sabrá.

—Soy un condenado a muerte. Usted va a disparar sobre mí. ¿Qué inconveniente hay en que sepa lo que realmente pasó?

—No lo sabrá —repitió.

Su rostro ya no era tan bello. En sus ojos brillaba una lucecilla y yo conocía bien aquellos reflejos.

Eran los ojos de una persona que se disponía a matar. Y yo era la víctima.

Me levanté y dije con mi voz más persuasiva:

—Señorita Parker, espere un minuto.

—No voy a esperar.

—Sólo le pido sesenta segundos y luego apriete el gatillo, si cree que debe apretarlo.

—Le concederé el minuto que me pide. Hable rápido. Pero procure no decir una tontería como hasta ahora.

—¿Por qué su cómplice mató a la señora Johnson?

—Ya dijo la tontería.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un hombre con la cabeza envuelta en una media, la cara deformada. También manejaba una pistola.

Fue la gran sorpresa de la representación, pero miré la cara de Judy y comprendí que también para ella era una sorpresa.

—¡No! —gritó.

El tipo de la media se puso a apretar el gatillo y las dos primeras balas fueron para Judy Parker.

Salté hacia la joven cuando estaba cayendo porque sabía que las siguientes balas iban a ser para mí.

El tipo de la media siguió haciendo fuego con su chisme.

Falló el primer disparo que me dirigió porque el proyectil me

pasó junto a la oreja.

Yo estaba alargando la mano en busca de la pistola de Judy. Ella ya había caído y arrojaba sangre por dos agujeros que tenía en el pecho.

Sin embargo, Judy había sujetado muy fuerte la pistola. Quizá necesitaba aferrarse a algo porque no quería irse de este mundo.

El hombre de la media disparó otra vez.

Sentí que el plomo me abrasaba la espalda.

Di un tirón fuerte de la pistola de Judy y rodé por el suelo.

Quedé de bruces, listo para disparar pero el hombre de la media salió de la estancia.

Traté de incorporarme para ir detrás del asesino, pero todo el dolor del mundo se me acumuló en la espalda y caí de rodillas.

En ese momento oí estampidos en el corredor.

El hombre de la media regresó tambaleándose. Se apoyó en la puerta, y levantó el brazo para disparar contra la persona que lo había alcanzado, pero le fallaron las fuerzas y se desplomó.

Aquello era una masacre, un buen panteón.

Oía pasos y levanté la mano armada.

Pero no llegué a disparar porque vi al teniente Dixon empuñando la pistola con la diestra. Y detrás de él entró el sargento Holmes, que también manejaba un arma.

—Suelte el chisme, Anders —ordenó el teniente.

De todas formas lo habría soltado porque las energías me estaban abandonando. Sentía la espalda manchada de sangre y pensé que también había llegado mi final.

El sargento Holmes se inclinó sobre el hombre de la media y se la quitó.

El asesino de Judy Parker era Glen Davis.

El teniente Dixon vino a mi lado.

—Le dimos cuerda a Glen Davis. Lo hemos estado siguiendo desde la cabaña de Max Roberts.

—Pero no llegó a tiempo, teniente —dije y perdí el conocimiento.

CAPÍTULO XII

Cuando desperté estaba en la sala de un hospital. Vi a una enfermera.

—Buenos días —dijo—. Soy Viven Harris.

Me pasé la mano por la cara. Tenía barba.

—¿Cuánto me trajeron, señorita Harris?

—Ayer.

—¿Y qué hora es?

—Las cinco de la tarde.

—¿Qué pasó, señorita Harris?

Me toqué el pecho. Estaba envuelto en vendas.

—Tenía la bala incrustada. Se la sacaron en el quirófano. Vivirá, señor Anders.

Entonces lo recordé todo. A Judy Parker, al hombre de la media en la cabeza, que resultó ser Glen Davis.

—¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? —pregunté—. Unos días. Puede que con siete tenga bastante. —Quiero hablar con el teniente Dixon.

—Lo llamaré.

El teniente Dixon no apareció hasta una hora más tarde. Me saludó sonriente.

—Mala yerba, nunca muere —dijo.

—¿Cómo van las cosas?

—Caso terminado.

—¿Dónde está Tatiana?

—En la cárcel.

—¿Por qué allí?

—Porque ella mató a la señora Johnson.

—Oh, no, teniente. Usted no puede pensar eso.

—Todo salió a la luz... Tatiana mató a su abuela para impedir que la desheredase. Naturalmente fue ella, pero la podría haber

matado Glen Davis.

—Glen Davis fue el asesino, teniente.

—Yo también lo pensé y eso habría sido bueno para Tatiana Johnson. Pero Glen Davis no pudo ir a la casa. Tenía una coartada a prueba de bomba. Estuvo con Judy Parker todo el tiempo.

—¿Cómo lo sabe?

—Glen Davis se entendía con la Parker. Ella era la mujer que él amaba. Se habían puesto de acuerdo para jugar con Tatiana. Glen enamoraba a Tatiana y se casaba con ella, pero, naturalmente, sólo iba detrás del dinero. La Parker ocuparía un discreto segundo plano hasta que, pasado algún tiempo, Glen Davis se desembarazase de Tatiana. Y entonces Glen Davis y Judy Parker habrían sido felices con la fortuna de Doris Johnson. Eso implicaba que tendrían sentenciada a Tatiana. Con toda seguridad la habrían matado simulando un accidente.

—No ha hablado de la coartada.

—Estuvieron en una fiesta juntos la noche del crimen.

—¿No mataron a Doris Johnson por la mañana?

—No, fue por la noche, entre las diez y las doce y durante todo ese tiempo, Judy Parker y Glen Davis permanecieron juntos en casa de un periodista llamado Burt Lister. Se juntaron veinte personas y Glen Davis y Judy Parker no abandonaron la fiesta hasta las dos de la madrugada, o sea dos horas después del tiempo establecido en que pudo ser muerta la señora Johnson.

Yo no tenía nada que decir. Estaba demasiado aturdido por las palabras del teniente. Durante la hora en que había estado esperando su llegada, pensé que todo estaba claro para Tatiana. Que se había podido probar su inocencia. Glen Davis había matado a Doris Johnson para impedir que la anciana desheredase a la mujer con la que se iba a casar.

—Lo siento por la chica, Anders —dijo Dixon—. Pero Tatiana mató y tendrá que pagarlo. Es una pena que una joven de diecisiete años se haya convertido en una asesina. Pero así es la vida, y no puede escapar al castigo porque sea la heredera de mil doscientos millones.

—Una fortuna que también perderá.

—El abogado, el señor Bannister, va a luchar por ella, pero también el fiscal del distrito está dispuesto a ganar la batalla.

—¿Y cuál será el resultado?

—No hace falta ser un águila en leyes para saberlo. La chica será condenada y, como es menor de edad, pasará unos años en uno de esos establecimientos especializados.

—No me gusta.

—A mí tampoco. ¿Qué quiere que haga? Todos los días nos encontramos con personas como Tatiana Johnson, menores de edad que infringen la ley. Ellas no tienen ningún privilegio para matar.

—Quisiera estar tan seguro como usted de que Tatiana mató a la señora Johnson.

—¿Todavía lo duda, Anders?

—Todavía.

—Pero ¿qué quiere más?

—La chica fue objeto de una confabulación por parte de dos aventureros, Glen Davis y Judy Parker.

—De acuerdo, Anders, Tatiana era la víctima de Glen Davis y Judy Parker. Como le he dicho, su matrimonio con Glen Davis implicaba su muerte a corto o largo plazo. Pero eso no la exime de responsabilidad con respecto al asesinato de la señora Johnson.

Se dirigió hacia la puerta y antes de salir dijo:

—Se lo repito, Anders. Caso terminado.

CAPÍTULO XIII

Era el día de mi salida del hospital.

Habían pasado cinco desde que llegué.

La herida no ofrecía ningún peligro, porque estaba cicatrizando bien.

Me marchaba porque no podía soportar más tiempo estar allí y tuve que arrancarle el alta al doctor.

Lucía un hermoso sol en un cielo azul, pero los jardines estaban cubiertos por la nieve caída durante la noche anterior.

Caminaba con las manos en los bolsillos del abrigo.

Me detuve viendo a unos muchachos que hacían un muñeco con la nieve.

Sentí deseos de fumar. Era mi primer cigarrillo. Busqué en la chaqueta y mis dedos tocaron algo frío.

Era la pequeña llave.

Entonces recordé la forma en que me la eché en el bolsillo para provocar a Judy Parker.

Habían pasado tantas cosas que la tenía olvidada. Una C y una T mayúsculas y el número 132. ¿Qué abriría la llave?

Encontré un paquete con dos cigarrillos. Encendí uno y creí que me moría. Tuve que arrojarlo.

Me fui a mi oficina.

El portero se alegró mucho de verme, según dijo. Había seguido en los periódicos mi intervención en el caso de las Johnson. Trató de sonsacarme, pero le dije que no me encontraba bien.

Me encontré a gusto en mi oficina.

Usé la guía telefónica y busqué las compañías de transportes. Había cuatro que tenían las iniciales C. T. Las apunté. Luego busqué las líneas de autobuses y encontré tres más cuyas iniciales eran C. T.

Mi auto seguía en el aparcamiento donde me encontré con El Moscardón y su amigo, el del trozo de cañería, pero no habría

viajado en él porque no me quedaban muchas fuerzas para manejar el volante.

Busqué un taxi y le dije al conductor que me llevase a la dirección que correspondía al primer nombre de la lista. Consolidada de Transportes.

En el camino le dije al taxista que quizá la carrera podía ser larga y él me contestó con gruñidos.

Era un hombre de pocas palabras y a mí no me interesaba hablar.

En la Consolidada de Transportes, había armarios para guardar los objetos, pero sólo llegaban hasta *el 120*.

Volví al taxi y le dije al conductor que me llevase a la Cooperativa de Transportes Unidos.

Esta vez los armarios llegaban hasta el 250, pero mi llave no abrió el armario 132.

A la tercera no fue la vencida. Tampoco la llave abrió el armario 132 de la Cunigan Tracción.

Mientras viajaba en el taxi me dije, que podría estar equivocado. La llave podría abrir la caja de seguridad de un Banco cuyas iniciales fuesen C. T. O podía ser el armario de cualquier Sociedad de Depósitos. Había docenas y docenas en Nueva York. Podía estar varios meses buscando el armario que correspondiese a aquella llave.

Entré desanimado en la Copland de Transportes. Allí había unos trescientos armarios.

Busqué el 132 e incrusté la llave en la cerradura. La hice girar. Y se abrió.

Dentro había una caja de cartón. Estaba emocionado. La mano me temblaba. Podía no tener importancia lo que contuviese la caja o podía explicar muchas cosas, hasta ser la clave de todo.

Abrí la caja. Dentro había un rollo de película de dieciséis milímetros.

Miré a derecha e izquierda para cerciorarme de que no había nadie conmigo.

Desenrollé la película y la levanté para examinar las imágenes.

Vi a Tatiana Johnson. Sí, allí estaba Tatiana y esta vez no tenía bikini. No la cubría nada. Y luego apareció Glen Davis. Igual que Adán.

No hizo falta que viese más.

Metí el rollo en la caja y guardé ésta en el bolsillo de la chaqueta. Cerré el armario y salí de allí.

El taxista me preguntó:

—¿Adónde vamos ahora?

—A la cárcel.

Me miró con ojos sorprendidos.

Le di la dirección del correccional en que se hallaba Tatiana Johnson, noticia que me había hecho llegar el teniente Dixon. Allí permanecería Tatiana hasta que se celebrase el juicio.

Un correccional no es una cárcel normal y por ello no me pusieron demasiadas dificultades para ver a Tatiana. Ni siquiera me registraron.

Tampoco tenían locutorios enrejados.

Una celadora me pasó a una habitación donde había una mesa y varias sillas.

Fumé el único cigarrillo que me quedaba y esta vez no lo tiré, quizá porque lo fumé sin darme cuenta.

Se abrió una puerta y entró Tatiana. Detrás estaba una vigilante, la cual dijo:

—Quince minutos, señorita Johnson.

Cerró la puerta desde el corredor y nos dejó.

Tatiana llevaba un uniforme de reclusa, de un gris sucio.

—Hola, Rock.

—¿Cómo te tratan, Tatiana?

—Bastante bien.

—Lo celebro por ti.

—¿A qué has venido?

—Acércate y lo sabrás.

Ocupó una silla frente a mí. Estaba muy pálida.

Yo no podía olvidar que había estado enamorada de Glen Davis.

—Imagino que ha sido muy duro para ti saber la clase de tipo que era Glen.

Se levantó de golpe.

—¡No quiero que me hables de eso, Rock!

Echó a andar para salir.

—Espera, Tatiana. Quiero enseñarte algo.

Se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Qué quieres enseñarme?

Saqué la caja de cartón que había encontrado en el armario número 132 de la Copland de Transportes.

—Échale una ojeada, Tatiana.

Le alargué el rollo.

Tenía que fijarme bien en su cara. No podía consentir que nadie me engañase. Ni siquiera Tatiana Johnson.

Desenrolló un trozo del film y miró lo que allí se reflejaba.

Vi cómo sus mejillas empezaban a enrojecer.

—¡Dios mío!

—¿Quién filmó esto?

Ella se volvió bruscamente.

—¿Qué estás pensando, Rock?

—Yo pregunté primero.

—¡Maldito seas! ¿Crees que habría consentido esta suciedad?

—¿Cuál es la habitación?

—La de la cabaña de Max Roberts.

—¿La pudo filmar Max Roberts?

—No lo sé.

—¿Estuvo alguna vez Max Roberts allí mientras vosotros estabais?

—Una vez.

—¿Cuándo?

—Hace cosa de dos meses. Pero él, supuestamente, se marchó de Newburgh. Tenía que venir a Nueva York y nos quedamos Glen y yo solos.

—¿Qué tal es Max Roberts?

—Me pareció un buen chico. No, él no podía hacer una cosa como ésta.

—Era su cabaña.

—Max Roberts gana mucho dinero con su pintura. ¿De dónde lo sacaste, Rock?

—De un armario. La llave la tenía Judy Parker.

—Entonces, ¿por qué buscar más? Fue Judy Parker.

—Es lo más lógico. Pero ¿por qué iban a sacar sin film de esta clase de ti y de Glen?

—Quizá pensaban usarlo cuando se casase Glen conmigo.

—No tiene sentido. Tú habrías sido la esposa de Glen. ¿Qué

importancia habría tenido entonces para ti la película?

—Tienes razón.

—Yo tengo otra respuesta. Chantaje.

—¿Me iban a chantajear antes de que me casase? Entonces se habrían tenido que conformar con una cantidad muy inferior a lo que hubiese logrado Glen casándose conmigo.

—Es una conclusión absolutamente correcta. Por eso, cuando yo he dicho chantaje, no me refería a que tú fueses la víctima.

—¿En quién estás pensando? —dijo ella mientras hacía un gesto de asombro.

—En tu abuela.

—Pero ¿por qué le iban a hacer el chantaje a ella?

—Tú te ibas a casar con Glen, pero tu abuela te iba a desheredar y entonces Glen no ganaba lo que pretendía. Se tendría que conformar con medio millón. Este film fue hecho para sacar a tu abuela mil doscientos millones de dólares. El precio del chantaje era su consentimiento a tu matrimonio con Glen.

Ella no dijo nada, pero leí en sus ojos que comprendía la lógica de mi hipótesis.

—¿Cómo pudo engañarme, Rock?

—A una mujer enamorada es fácil engañarla.

—Pero mi abuela me iba a desheredar.

—Ése fue el fallo de los chantajistas. Tu abuela había sido una mujer dura como el granito y comprendieron que lo continuaba siendo. No lograron su objetivo con este film.

—¿Quieres decir que se negó a dar su consentimiento a mi matrimonio con Glen?

—Yo diría que se atrevió a algo más. Tu abuela tomó una decisión. Denunciar a los chantajistas a la policía y por ello se sentenció a muerte.

Sacudió la cabeza.

—Sí, Rock, todo lo veo tan claro como tú. Mi abuela era todo un carácter. Le debieron enseñar la película. La imagino ofendida, exaltada, amenazándolos con la cárcel. Pero fueron ellos los que se adelantaron y la mataron.

—Llegamos al punto feo del asunto. A tu abuela no la pudo matar ninguno de los dos, ni Glen ni Judy Parker.

—Es absurdo. ¡Tuvo que ser uno de los dos!

—Según la policía, tienen una coartada a prueba de bomba. Glen y Judy estuvieron juntos en el apartamento de un escritor durante el tiempo que se ha establecido la muerte de tu abuela. Por ello, tú sigues siendo la culpable.

Tatiana se apretó las sienes con la mano.

—¡No la maté, Rock!... ¡No la maté!

—Ya sé que no lo hiciste.

—Entonces, ¿quién?

—Alguien de la casa. Alguien que era cómplice de Glen y de Judy.

Guardé el film en el bolsillo y me acerqué a Tatiana.

—Hoy mismo sabré quién mató a tu abuela.

—Lo dices para consolarme.

—Lo digo porque lo descubriré, aunque sea lo último que haga en mi vida.

CAPÍTULO XIV

Esta vez el mayordomo Frank Hunter no se opuso a que viese a Copper. Me dijo que me anunciaría y así lo hizo.

Copper me salió al encuentro con una sonrisa.

Nos estrechamos la mano y me hizo pasar al salón.

—Siento lo que le pasó, señor Anders.

—Son gajes del oficio.

—¿Un trago?

—Sí.

Preparó dos *whiskys*.

Bebimos un trago y él rompió el silencio.

—Fue una confabulación, y sin usted no se habría descubierto. Todos pensamos que había sido cosa de Tatiana, pero era algo más que la acción individual de esa vengativa muchacha.

—¿Cuándo conoció usted la existencia de la cabaña de Max Roberts?

Arrugó el ceño.

—Yo no conocía esa cabaña.

—¿Está seguro?

—Oiga, señor Anders, ¿es que continúa investigando?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por una simple razón, señor Copper. Tatiana no mató a Doris Johnson.

—¿Otra vez va a empezar?

—Sé que la policía ha dado el caso por acabado, pero no lo está para mí.

—¿Por qué? Y no me diga que se trata de una corazonada suya. Estoy llegando a una conclusión, señor Anders, y es que Tatiana le impresionó mucho. ¿Es eso? ¿Se enamoró quizá de ella?

—No.

—¿Por qué la defiende?

—Me gusta mi profesión porque, gracias a ella, puedo defender a los inocentes.

—Esta vez se equivocó. Tatiana es culpable y creí que ya estaba convencido. Admito que ha hecho usted un buen trabajo, señor Anders. Si no hubiese sido por usted, Glen Davis y su amante, Judy Parker, no hubiesen recibido el castigo que merecían. Los tres formaban una pandilla, pero sigo pensando que Tatiana fue un elemento activo, la que armó la repugnante confabulación contra su abuela. He procurado ser amistoso con usted, señor Anders. Pero ya veo que su terquedad impide toda reconciliación entre nosotros.

Dio la vuelta a la mesa y se sentó.

Había dado por terminada la entrevista.

Saqué el film que llevaba en el bolsillo y lo tiré a la mesa.

El rollo habría caído de no ser porque Copper lo detuvo con la mano.

—¿Qué es esto?

—Échele un vistazo y lo sabrá.

Miró un trozo de película al trasluz.

—¿Quién filmó esto?

—Judy Parker. Naturalmente, Glen Davis entraba en la combinación. Los dos querían conseguir un objetivo. Chantajear a la señora Johnson para arrancarle su consentimiento al matrimonio de Glen con Tatiana.

—No parece mala la idea, pero yo agregaré algo por mi cuenta. Tatiana consintió la filmación.

—No, señor Copper.

El sonrió.

—Tatiana lo ha negado, y usted la creyó.

—Sí.

—¿Y dice que no está enamorado de ella?

—Dejé eso sentado de una vez.

—De acuerdo, Anders, continúe con su hermosa hipótesis. ¿Adónde quiere ir a parar?

—La señora Johnson no quiso aceptar el chantaje, y, con toda seguridad, se dispuso a poner en conocimiento de la policía los hechos. Fue por lo que la mataron.

—La policía sabe que Glen Davis y Judy Parker no pudieron

matar a la señora Johnson.

—Estoy de acuerdo.

—Sólo queda Tatiana.

—No, señor Copper. Fue alguien, de la casa, pero no Tatiana.

—La bufanda era de Tatiana.

—Sólo es una prueba circunstancial.

—Parece que tiene interés en que yo sea el asesino. Si es lo que busca, le va a costar trabajo probarlo. Y tengo una razón importante para ello, señor Anders. Yo no lo hice.

—¿Dónde está Clive Oliver?

—Se marcha hoy. Sale para Francia.

Salí de la habitación y de la casa y me encaminé hacia la cochera.

Clive Oliver tenía allí sus habitaciones.

Subí una escalera. Sobre los muros de la casa crecían las enredaderas.

Pulsé un timbre.

Clive Oliver me abrió en mangas de camisa.

—Oh, señor Anders, me alegro mucho de verlo.

—Lo mismo digo, Clive.

—Pase.

Entré en una habitación.

—Discúlpeme, señor Anders, pero estoy preparando mi marcha.

Había una maleta sobre un sillón. Dentro había ropa.

—He visto hoy a Tatiana, Clive.

—¿Cómo está ella?

—Lo soporta con resignación.

—Me habría gustado verla antes de marcharme, pero mi avión sale dentro de dos horas. Dígame que le escribiré desde Francia.

Había una caja de madera en el suelo.

—Disculpe que no le pueda ofrecer un trago, señor Anders.

—No se preocupe.

Me sonrió y se metió en el dormitorio.

Yo cogí la caja de madera y la puse sobre la mesa. Abrí la caja. Dentro había un tomavistas metido en su funda. Era un buen tomavistas de lo mejor para filmar películas de dieciséis milímetros.

Clive regresó con un montón de camisas planchadas.

Se dirigió hacia la maleta sin mirarme. Saqué del bolsillo el rollo

de la película que había sido protagonizada por Tatiana Johnson y Glen Davis, y la puse al lado del tomavistas.

—Lléveselo todo, Clive.

Me miró.

—¿A qué se refiere?

Le señalé el tomavistas y la película.

—¿Qué es eso, señor Anders?

—La película que filmó Judy Parker en la cabaña de Max Roberts. ¿O fue usted quien actuó de cámara?

Se mojó los labios con la lengua.

—Espero que no esté hablando en serio, señor Anders.

—Usted entraba en la combinación con Glen Davis y Judy Parker. Iban a hacer el gran negocio de su vida, a nadar en millones. Es lógico que Glen Davis y Judy Parker pensasen llevar a cabo su operación con alguien de la casa. Tenían que estar al corriente de cómo iban las cosas. Apuesto a que usted jugó un papel importante en la forma en que Glen conquistó a Tatiana. ¿Le dijo a Glen en qué lugares podría encontrarla a ella?

Dejó correr unos segundos y finalmente sacudió la cabeza.

—Sí, señor Anders —se tocó la frente—. Todo salió de aquí, Glen Davis era un pobre imbécil y Judy Parker una bailarina del tres al cuarto. Ellos habrían sido incapaces de pensar en un negocio de mil doscientos millones de dólares. Todo lo imaginé yo.

—¿Y por qué no pensó usted en enamorar a Tatiana?

—Yo no era el tipo ideal para enamorar a una muchacha de diecisiete años. Conozco mis propias limitaciones, señor Anders.

—Es muy modesto.

Clive Oliver exhaló el aire.

Pero salió mal. Esa condenada bruja no se avino a razones. Se negaba rotundamente a consentir el matrimonio entre Glen Davis y Tatiana. Todo habría sido sencillo, y la maldita vieja hubiese continuado viviendo mucho tiempo.

—Hasta que usted se hubiese cansado y le hubiese servido el cianuro.

—No, señor Anders, yo soy un hombre paciente.

—Sin embargo, la mató.

—También mi paciencia tiene un límite, señor Anders. Ideé filmar la película. Ya que la vieja no consentía el matrimonio por

las buenas, yo tenía que conseguirlo de otra forma. Se me ocurrió la maravillosa idea de filmar esas escenas en la cabaña.

—Así que fue usted.

—Sí, fui yo, aunque estaba conmigo Judy Parker... Pensé que la vieja accedería cuando viese a su nieta con Glen Davis. ¿No era lógico pensar que accedería?

—Sí.

—Gracias, señor Anders. Pero nos equivocamos. La bruja dijo que no admitiría el casamiento ni con la película. Yo se la proyecté, señor Anders. Y todo lo que hizo fue reírse y decirme: «Clive, te voy a meter en la cárcel para toda tu vida y también meteré entre rejas a ese puerco de Glen Davis». Eso fue lo que dijo, señor Anders. ¿Ha encontrado usted una vieja más terca? ¡La vieja merecía ser estrangulada!

Y usted la estranguló.

—No tuve más remedio que hacerlo. —Clive se frotaba las manos contra el estómago—. Yo no quería ir a la cárcel, señor Anders. Entré en su habitación. Fue poco después de las once de la noche. La maldita vieja estaba despierta. Había una bufanda en la silla. De todas formas, la habría matado con mis propias manos. La bruja me vio y dijo: ¿«Qué haces aquí, Clive»? Pero ya no pudo decir más porque cogí la bufanda y me arrojé sobre ella y apreté, y apreté, y apreté...

La puerta chirrió a mis espaldas.

El teniente Dixon entró en la habitación.

—Me llamó el señor Copper —dijo.

Clive Oliver tenía los ojos desorbitados y hacía con las manos lo mismo que había hecho cuando apretó el cuello de la dama, que no quería morir.

El teniente Dixon caminó hacia Clive y le puso una mano en el hombro.

—Clive Oliver, queda detenido en nombre de la ley.

Estaba nevando otra vez en Nueva York.

Al fin saqué el mamífero pisciforme de seis letras. Delfín.

Pero luego cogí el periódico y lo arrojé lejos. Al infierno con el crucigrama.

En aquel momento entró Tatiana Johnson. Estaba muy mona con un abrigo de visón. No pasaría frío.

—Buenos días, Rock.

—¿Son buenos?

—Maravillosos para mí.

—Lo celebro.

—Acabo de hablar con mi abogado. El testamento vale en todas sus partes. Soy la heredera de Doris Johnson, pero he admitido a Copper como administrador.

—Enhorabuena.

Tatiana abrió el bolso y me alargó un papelito.

Era un talón por cincuenta mil dólares.

—Rock, tengo hambre.

—Yo también.

—Entonces, ¿por qué no vamos a comer?

Me levanté y me puse el abrigo.

Tatiana Johnson se colgó alegremente de mi brazo y los dos nos fuimos a comer.

FIN

en

25.000 PALABRAS

CONOZCA EN 25.000 PALABRAS LOS MAS IMPORTANTES TEMAS QUE APASIONAN AL HOMBRE DE HOY.

- 1.- LOS GRANDES MITOS de P. Hernández
- 2.- EL CUERPO HUMANO de A. Sanz
- 3.- LAS CRUZADAS de H. Laming
- 4.- EL MAR de T. Marlin
- 5.- LAS RELIGIONES de R. Coppel
- 6.- LA TELEPATIA de L. Sureda
- 7.- LAS HEREJIAS de M. Bonilla
- 8.- LA ENERGIA NUCLEAR de G. Gallien
- 9.- LA ESCLAVITUD de M. Senin
- 10.- LAS DOCTRINAS FILOSOFICAS de R. Gautier
- 11.- LA PENA DE MUERTE de J. Mas
- 12.- LA VIDA DE JESUCRISTO de C. Alcalde

Precio
10 PTAS.



Impreso en España
Printed in Spain

EDITORIAL BRUGUERA S.A.

Mora la Nueva, 2 Barcelona (6) (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

